

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El museo de los muertos



Brigitte recibe una nota citándola en un Museo de figuras de cera. Pero, cuando llega allí, resulta que el nombre del hombre que se supone le había citado, es el de una de las figuras de cera que, como todas las figuras del mueso, está muerto.



Lou Carrigan

El museo de los muertos

Brigitte en acción - 110

Archivo Secreto - 237

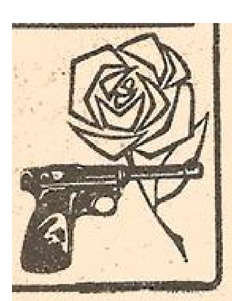
ePub r1.0

Titivillus 24.10.2017

Lou Carrigan, 1970

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Verdaderamente, nadie es perfecto. Lo cual, contra lo que muchos opinan, es una lástima. Tomemos, por ejemplo, el caso de la muchachita del baño: enormes ojos azules de una belleza deslumbrante, boquita sonrosada de una dulzura incomparable, una deliciosa barbilla con un hoyuelo vertical, alargado, en el centro; orejitas pequeñas y sonrosadas, cabellos negrísimos que debían ser muy largos, pero que estaban recogidos en un gracioso moño en lo alto de la cabeza. Y un cuello sensacional, esbelto, maravilloso, perfecto…

Esto era todo lo que se veía de ella. Lo demás estaba sumergió en el agua de la bañera y cubierto por espuma de color rosa. Pero eso no importaba. Cualquier persona con ojos en la cara y cerebro en el cráneo tenía que comprender que el cuerpo que no se podía ver en aquel momento tenía que ser de una belleza y perfección inaudita… Un cuerpo perfecto. Todo perfecto.

Pero… ¡ay!, incluso la perfección tiene sus límites. No se puede ser tan divina y, al mismo tiempo, saber cantar ópera. Sería demasiado. Y así, la encantadora muchachita del baño estaba haciendo papilla el aria de *Aída* y, a ratos, fragmentos de *La Traviata*. No es que cantase rematadamente mal, pero… Vamos, que la perfección absoluta no existe. No en todas las cosas, al menos. En cambio, la jovencita de los ojos azules sí era perfecta en una cosa: en asuntos de espionaje.

Exactamente: Brigitte Bierrenbach Montfort, alias Baby, que estaba disfrutando del baño con *gel* de color rosa y agua templada, mientras, uno tras otro, diversos fragmentos de las famosas óperas iban cayendo destrozados en la espuma…

La llamada a la puerta del cuarto de baño salvó de la catástrofe uno de los pasajes de *Rigoletto*.

—Sí, Peggy… Pasa.

La puerta se abrió… y Frank Minello entró en el cuarto de baño, con los ojos muy abiertos, mirando a todos lados del fantástico cuarto de baño en negro y rosa, con plantas tropicales en el borde de la bañera, junto a la pared. Al último lugar que miró, ya decepcionado, fue a la bañera, metida en la cual Brigitte le contemplaba con el ceño fruncido.

—Vaya… —refunfuñó Minello—. ¿Te ayudo a salir…?

—Frankie: eres un sinvergüenza… —amonestó Brigitte.

—¿Ah, sí? Bueno… Tú me has dado permiso para entrar. ¿O no?

—Un día me enfadaré contigo. Yo he dado permiso a Peggy, no a ti.

—Pero era yo quien llamaba, no Peggy. ¿Quieres que te enjabone la espalda?

—No, gracias.

—¿Te froto con la esponja?

—Ya me sé frotar yo sólita.

—Pues es un asco, hijita.

—Frankie —Brigitte lo amenazó con un dedito—, haz el favor de salir ahora mismo del cuarto de baño.

—Oh, no tengo prisa…

—Yo sí. Y si no sales antes de dos segundos, te voy a dar un remojón. Uno, dos… ¿No sales? ¡Allá va!

Abrió el grifo de la bañera, puso la manita bajo el chorro de agua y presionó la salida, dejando un hueco de escape hacia Frank Minello… Inevitable: el chorro de agua salió lanzado fuertemente hacia el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, que lanzó una exclamación al recibir la indeseada ducha. Se quedó mirando hoscamente a la divina espía, chorreando agua por toda la cara, mojada la chaqueta, la camisa, la corbata…

—Me odias… —masculló—. ¡Sé que me odias, Brigitte!

—Sal de aquí si no quieres otra ducha —rió ella—. Empiezo a contar los dos segundos. Uno, dos…

Minello salió a toda velocidad del cuarto de baño, y, riendo, Brigitte se puso en pie en la bañera, tras quitar el tapón del desagüe. Abrió la ducha.

—Es que tienes una carta urgente…

Cuando Brigitte Montfort, alias Baby, salió del cuarto de baño, no había la menor señal de furia en su rostro. Por el contrario,

sonreía angelicalmente cuando llegó al fantástico *living* ya peinada con naturalidad, sin artificios, envuelta en su albornoz, angelicalmente deliciosa también, y con un frasquito de perfume en su manita, acercándolo a su naricilla. Se sentó en el sofá, junto al mohíno Frank Minello, y; de pronto le colocó el frasquito bajo su narizota.

—¿Te gusta, Frankie? De París, es claro. Se llama «Mon coeur»… O sea, «Mi corazón». ¿Te gusta mi corazón?

—No. Eres mala. Me odias.

—No te odio, Frankie.

—Entonces, ¿por qué nunca quieres tener intimidades conmigo?

—Porque eres un buen muchacho.

—¡Hurra! ¿Cuándo empezamos?

—¿A qué?

—¡A pervertirme!

—¡Quita las manos de aquí…! Así… Quietecito —Brigitte se dio un par de toquecitos con el perfume en sus orejitas, y luego sonrió, cerrando los ojos—. ¿Qué decías de una carta?

—Peggy la subió, yo la cogí y te la llevé allá…

—Diabólica excusa para sorprender a una señorita en el cuarto de baño. Bueno… ¿dónde está esa carta?

Minello la tomó de una mesita y se la entregó.

—Viene de Londres.

—No me digas —musitó Brigitte, que estaba mirando el matasellos y pensando quién conocía ella en Londres—. Y, efectivamente, lleva da indicación de «urgente». ¿De quién será?

—No lleva el nombre del remitente. Ya lo he mirado.

Brigitte lo miró amablemente. Por lo general, Frankie daba sus informaciones con retraso. Lo de que llegaba de Londres y no llevaba remitente era lo primero que la espía había notado apenas tener la carta en sus manos. Encogió los hombros, la abrió con una uñita, y sacó el papel. Lo leyó, alzó las cejas, sonrió y miró a su buen amigo.

—¿Ves? Esta es una carta interesante, querido. ¿Te gustaría leerla?

Minello soltó un gruñido y la quitó de entre los dedos de Brigitte. La carta decía:

«Distinguida señorita Montfort:

»Posiblemente la sorprenderá que acuda a usted, puesto que no nos conocemos. Es decir, usted no me conoce a mí, pero yo sí conozco su fama universal en el campo del periodismo. Le aseguro que la admiro profundamente. Como periodista, no creo que hoy día haya en todo el mundo ni siquiera tres que puedan, comparársele. Su finura de expresión, su penetración siempre certera hasta el fondo del asunto, su gran sentido de la humanidad, su estilo impecable y expresivo… En fin, todas sus cualidades profesionales son excelentes.

»Tras no pocas vacilaciones, he decidido solicitar su colaboración para una serie de artículos de una envergadura que la sorprenderá a usted. Desgraciadamente, mis posibilidades literarias o periodísticas no me permitirían sacar el fruto que tal serie de artículos merece. Así que he pensado en usted, en su gran capacidad profesional y experiencia. Mi idea consiste en que yo pondré la información, y usted trabajará con ella escribiendo esa serie de artículos. Un trabajo en común, como puede observar.

»Evidentemente, espero conseguir unos beneficios poco menos que fabulosos con la publicación de los artículos que usted escribiría bajo mi dilección e información, pero también usted puede salir muy satisfactoriamente beneficiada. Y no sólo en el aspecto puramente profesional, en cuanto a prestigio se refiere, sino también en el aspecto económico. Ignoro qué beneficios totales se podrán obtener por la serie de artículos, sobre los cuales iríamos al cincuenta por ciento los dos. Mitad para cada uno, cosa que me parece justa. Y para convencerla de que no estoy hablando en vano, la espero con un anticipo de diez mil libras esterlinas. Dicha cantidad será ya definitivamente suya aun cuando la serie de artículos no tuviera el éxito que espero… cosa que me permito dudar. Más adelante, haríamos la liquidación formal de todos los beneficios, pero, repito, puede usted contar, ya en firme, a su llegada a Londres, con diez mil libras esterlinas.

»Me he permitido reservarle una suite *en el Claridge Hotel, de Londres, naturalmente, así como su pasaje en avión hasta aquí, que le estará aguardando en las oficinas que la BOAC tiene en Nueva York, Su avión sale el día 4 a las 14.05. Haré lo posible para acudir a esperarla en el aeropuerto, pero si no me viese usted*

allí, nos en contrariamos en el Claridge.

»Le suplico que no rechace mi oferta, por favor. La espero. Hasta entonces, reciba usted mi más sincera admiración y un respetuoso saludo.

»Queda a sus pies,

»Russ T. Gardner.

»P. D.: Por favor, traiga esta carta consigo».

—Bueno… ¡Diez mil libras esterlinas! No está nada mal, me parece a mí —opinó Frank Minello—. ¿Quién es este Russ Gardner?

—No sé… Es decir… Bueno, me suena el nombre desde luego. Pero no consigo situarlo en mi memoria.

—¿De verdad? —se asombró Minello, incrédulo.

—Es una persona muy conocida, eso sí. Por mi parte, nunca he tenido ninguna clase de relaciones con él.

—Pues me pregunto cuánto te habría ofrecido si hubiera tenido la suerte de tener relaciones contigo.

—No seas grosero, Frankie.

—¿Grosero? Sólo trataba de decir que eres tan hermosa que un tipo…

—Te estás poniendo pesado. Sé perfectamente que soy muy hermosa.

—A lo mejor quieren raptarte, para… disfrutar de ti. ¿Vas a ir a Londres? Diez mil libras es un buen bocado, creo yo.

Brigitte volvió a tomar la carta y la releyó rápidamente. Luego quedó pensativa. Ya había tenido algunos contratiempos por hacer caso de llamadas anónimas. E incluso de cartas firmadas. El asunto podía ser auténtico y bueno para ella. Pero también podía ser una trampa para la agente Baby de la CIA. Y quien la tendía, si es que era una trampa, no tenía por qué saber que en la actualidad, la agente Baby estaba en pésimas relaciones con la CIA. Motivo por el cual la eficacísima agente Baby se aburría soberanamente.

—Iré a Londres.

—Supongo que has pensado ya que puede ser una trampa para Baby —murmuró Minello.

—Lo he pensado.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¿Otra vez? —se alarmó Brigitte—. ¡Ni hablar de eso! ¡Sólo

sirves para complicar las cosas!

—Pero también te he ayudado a veces, ¿no? —protestó Frankie.

—Pues… sí. Es cierto, Frankie. Pero esta vez, como puedes observar, sólo requieren a la periodista, no a la espía. Por tanto, iré sola a Londres. Hace mucho, mucho tiempo que no he estado allí.

* * *

Al día siguiente, a las 22.15, el avión *superjet* transoceánico de la BOAC, afecto al vuelo 364, procedente de Nueva York, tomó tierra en una de las pistas del Central Airport de Londres, también llamado Heathrow, y distante ocho millas de la ciudad.

Hacia las 23.30, sin ninguna dificultad ni molestia, la señorita Brigitte Montfort llegaba en un taxi al Claridge Hotel, indiscutiblemente uno de los mejores de la capital inglesa. Serio y elegante, perfecto, silencioso, mereció en el acto la aprobación de la espía, que llegó al *comptoir* seguida por tres botones que transportaban sus cinco maletas. Cuando viajaba como periodista podía permitirse el lujo de llevar mucho equipaje. Cuando viajaba como espía, a veces sólo podía llevar la ropa puesta y su maletín rojo con florecillas azules, cargado de artefactos que la habían sacado de más de un apuro. Y más de veinte. Por supuesto, el maletín iba dentro de una de las maletas grandes.

—Soy Brigitte Montfort, de Nueva York —se presentó Baby—. Entiendo que tengo reservada una *suite*.

El conserje echó un vistazo a su registro, asintió con la cabeza y miró sonriendo a la hermosísima criatura.

—En efecto, señorita Montfort… Y ahora que re cuerdo, tiene usted correspondencia.

Se volvió hacia los casilleros, tomó la llave de uno de ellos, y, al mismo tiempo, una carta que había allí Entregó la llave a uno de los botones, tras tenderle la carta a Brigitte, que se quedó mirándola pensativamente. El tipo de letra mecanográfica que se veía en aquel sobre era idéntico al de la carta que había recibido ella el día anterior en Nueva York. También la carta estaba escrita por la misma persona y en la misma máquina.

«Distinguida señorita Montfort:

»Le suplico perdone esto que parece una descortesía por mi parte, pero le aseguro que me es imposible esperarla en el aeropuerto o en el hotel. Por favor, instálese cómodamente por hoy.

»Dada la imposibilidad actual de desplazarme a Londres, mucho le agradecería que acudiese usted a mi encuentro. La estaré esperando mañana por la mañana en el Watford Museum, en Watford. Cualquier persona en Watford le indicará dónde está el museo. Nuevamente le pido perdón, y la espero mañana.

»Hasta entonces, reciba mi consideración más distinguida.

»Russ T. Gardner».

Bien… No había más remedio que esperar hasta el día siguiente. Aunque, a decir verdad, el asunto la iba inquietando un poco. Y por lo que pudiera ocurrir, decidió que cuando al día siguiente por la mañana fuese al museo, llevaría su maletín rojo con florecillas azules.

Estaba ya muy fastidiada con tantas y tantas sorpresas como había recibido.

Llegó al Watford Museum hacia las once de la mañana, en un taxi londinense. Ni siquiera tuvo que preguntar a nadie, porque el taxista conocía perfectamente la ubicación de tal museo. Ya detenido el taxi, Brigitte miró a su alrededor, antes de apearse. La casa se veía a la derecha del coche, grande, de dos pisos, con agudas torres y hiedra por las paredes. Muy pintoresca. Era grande, con muchísimas ventanas, y toda ella tenía un sombrío color entre marrón y morado. Al frente, una gran escalinata blanca, con columnas. Era una casa rara, con estilos un tanto mezclados, pero no resultaba desagradable del todo. Al menos, de día. Por la noche debía parecer poco menos que un castillo de fantasmas.

Afortunadamente, y por raro que le pareciese al taxista, lucía un sol más que aceptable, de modo que todo se podía contemplar con cierto optimismo. Además, la gran mansión estaba rodeada de bellos jardines, con parterres, abetos, sauces, castaños… Enfrente, se veía un gran aparcamiento, en el que había no menos de veinte autos turismos y un enorme autocar, que sin duda había llevado al museo a algunos curiosos ciudadanos de la City.

—¿La espero? —se ofreció el taxista.

—No… No, gracias.

Pagó el servicio, añadiendo una buena propina, y se dirigió hacia el museo, pensando que sin duda el señor Russ T. Gardner sería tan amable de llevarla de regreso a Londres, o facilitarle un coche… En fin, lo mejor era verlo de una vez y enterarse del asunto.

A cada paso hacia la entrada del museo, Brigitte iba notando en su muslo izquierdo el suave roce de la pistolita con las ropas. Si alguien había pensado gastarle alguna «broma», sería mejor que actuase muy bien y con mucha rapidez…

Tuvo que adquirir una entrada para visitar el museo. Prefirió esto a pedir ya la entrevista con Russ Gardner. Lo mejor era darse primero una vuelta por el museo, a fin de conocer el terreno. Un museo muy curioso, por cierto: de figuras de cera. Apenas entrar, se encontró ya ante un grupo de ellas, a la derecha. La escena representaba un trozo de platea de un teatro, y, en el pequeño escenario, con un ramo de flores en las manos, una mujer muy delgada, de extraña belleza. Abajo había una placa con el nombre y las fechas de nacimiento. La placa de aquella mujer decía: Sarah Bernhardt, 1844-1923.

Brigitte se quedó mirando la efigie en cera de una de las más eminentes actrices que ha tenido el mundo, y, sin discusión, la de más renombre. Precisamente, en uno de sus últimos viajes a París, había visto en el Museo del Petit Paláis el retrato de Georges Clairin sobre Sara Bernhardt, y aquella imagen volvió a su memoria, comparándola con la que tenía delante. ¿Se parecían? Quizá no demasiado, pero sólo podía ser debido a la diferencia del medio de expresión artístico. Lo que sí era innegable era que tenían algo en común. La mujer era la misma, con aquellos ojos extraños, fijos, insondables, y aquella enigmática media sonrisa en la boca tan menuda y de labios delgados… Estuvo casi dos minutos allí, como hipnotizada. Por fin, parpadeó, y se apartó de delante de Sara Bernhardt, mirando a su alrededor. Había grupos de personas que iban de un lado a otro por las grandes salas de la planta baja del museo, haciendo comentarios, deteniéndose delante de las figuras de cera que más llamaban su atención. Un grupo muy numeroso, seguramente el que había llegado en el autocar, escuchaba con interés las explicaciones de uno de los guías. El sol entraba por los estrechos y altos ventanales, en franjas amarillentas que parecían

palpables.

En realidad, Brigitte tenía la impresión de estar completamente rodeada de personas vivas. Los muñecos de cera, de tamaño natural, por supuesto, parecían seres vivos dispuestos a hablar de un momento a otro. Formaban grupos muy bien dispuestos, como si aquellas figuras estuviesen sosteniendo amables tertulias en pequeños grupos. Los personajes representados en cera eran todos famosos, desde luego. Pero, a los pocos minutos, Brigitte cayó en la cuenta de que todos ellos estaban muertos… Es decir, que las figuras correspondían a personalidades que ya habían fallecido: John Fitzgerald Kennedy, y junto a él, a un lado de la mesa de despacho, su hermano, el senador Robert F. Kennedy Parecían dispuestos a hablar de un momento a otro. Tras ellos, el águila y la bandera norteamericana.

Había personajes de todas clases: la reina Victoria, el pianista Joseph van Merx, el escritor Jacques Beauvoir, la soprano Assunta Campanelli, el actor Gary Cooper… Un muchacho con equipo de futbolista, llamado Charlie Ball… Y hasta un torero español, con el traje de luces, cuyo nombre era José Romero. Artistas, deportistas, diplomáticos, reyes, reinas, escritores… Y cada uno en actitud representativa de su actividad. El joven Charlie Ball tenía una pelota ante su pie derecho, alzado, a punto de chutar. El torero estaba dando un pase de pecho. La soprano Campanelli tenía la boca abierta, las manos en alto. De un momento a otro, podía ponerse a cantar; ante ella, sentadas, varias personas sin rostro, figuras de cera anónimas; al lado, un piano, con el pianista también sin rostro.

Todas las figuras o grupos de figuras estaban rodeadas por un grueso cordón de tono rojo, que impedía acercarse a ellas.

Estaba tan distraída y absorta en la contemplación de aquellas figuras que tardó unos segundos en percatarse de la extraña sonrisa de aquel hombre, de aquel ser tan vivo como ella. Era un tipo impresionante por su belleza. Alto, atlético, cabellos rubios, mentón firme, ojos oscuros… Llevaba pantalones grises, zapatos deportivos, jersey de cuello alto y una chaqueta también deportiva, de cheviot, de color castaño…

¿Por qué sonreía de aquel modo? Su mirada oscura estaba fija en la soprano Assunta Campanelli, y reflejaba un evidente

sarcasmo, una ironía punzante, cruel. Brigitte desvió la mirada una vez más hacia la soprano. Allá estaba, como a punto de cantar… Desde luego, no había sido una mujer bella, precisamente. Su rostro era grandote, basto, y tenía los ojos pequeños, la boca demasiado fina. Además era más bien gorda y bajita… Podía haber tenido una voz de oro, y no sería Baby quien lo discutiera, pero, realmente, en cuanto a su aspecto físico dejaba mucho que desear. Aunque no tanto como para que el apuesto y atlético deportista la mirase con aquélla sorna, con aquella burla cruel chispeando en sus hermosos ojos oscuros. El hombre parecía fascinado por aquella fealdad vulgar, y Brigitte estuvo segura de que disfrutaba de ella, burlándose, refocilándose…

De pronto, el apuesto ejemplar masculino volvió la cabeza, y sus ojos se clavaron en los de Brigitte, sin darle tiempo a desviar la mirada. Sonrió, de pronto, de un modo encantador, y Brigitte correspondió a la sonrisa un tanto forzadamente.

Luego siguió visitando el lugar, comprendiendo de súbito que no le gustaba. No. No le gustaban aquellas figuras de cera que parecían de carne y hueso. Lo mejor era salir de allí cuanto antes. Vio a uno de los pocos empleados que había en el museo, y fue hacia él.

—Por favor —pidió—: quisiera ver al señor Russ T. Gardner. ¿Puede decirme dónde encontrarlo?

—Desde luego, señorita. Sígame, por favor.

Pasaron por entre grupos de figuras de cera. Brigitte miró de reojo hacia el atlético caballero, y se dio cuenta de que él no la perdía de vista, sonriendo ahora de un modo más humano, muy simpático… Grupos y más grupos de figuras de cera.

Por fin, el empleado se detuvo ante una solitaria figura, y la señaló, sonriendo servicialmente.

—Éste es, señorita.

Brigitte se quedó con la boca abierta un instante. De pronto, bajó la mirada hacia la placa que indicaba la persona a quien correspondía la figura masculina de cera, y palideció intensamente.

La placa de aquella figura de cera decía:

RUSS TOBIAH GARDNER
Actor
1923-1969

Capítulo II

Por fin, tras unos segundos de aturdimiento, Brigitte pudo murmurar:

—Pero… No es posible.

—¿Cómo dice, señorita? —se interesó el empleado del museo.

—Digo que… Esto no puede ser, no…

—Perdone… —Parpadeó el hombre—. No comprendo. ¿No preguntó usted por Russ Gardner?

—Sí… Desde luego…

—Pues es éste. Un gran actor, muy famoso. ¿Pertenece usted a la profesión, quizá? Tenemos una guía sobre…

—¿Profesión? ¿Qué profesión?

—Actriz. Dado su interés por Gardner, pensé… ¿No es usted actriz?

—Pues… sí. Sí, sí, soy actriz.

—Entonces, no dudo que es una gran admiradora del talento de Russ Gardner. Tenemos unas guías a disposición del público con biografías resumidas sobre nuestros personajes. Solamente cuestan tres chelines. En la entrada…

—Perdone. Es que estoy un poco aturdida… A decir verdad, yo esperaba…

Se detuvo, vacilante. Desde luego, aquello era una broma macabra. Exactamente: era una broma de muy mal gusto, a menos que considerase diversos puntos de la cuestión. Como, por ejemplo, el de que alguien hubiese querido atraerla a Inglaterra, concretamente a Londres… Y más concretamente todavía a aquel lugar. Una broma macabra y estúpida, pero que debía tener un significado. Recordó de pronto que todos los personajes representados en cera en aquel museo estaban muertos. Entonces era de esperar que también Russ T. Gardner lo estuviese. Lo recordaba ahora, en efecto. Un gran actor, internacionalmente

famoso. Si había fallecido, debió ser en una fecha en que ella estuvo demasiado ocupada con asuntos de espionaje para prestar atención a esta clase de noticias en los periódicos.

Volvió la mirada hacia el empleado, que la contemplaba con gran interés, perplejo.

—¿Falleció el señor Gardner? —musitó la espía.

—Así es. ¿No lo sabía?

—Bueno… He estado viajando por Oriente estos últimos meses. No. No lo sabía.

—Pero usted quería ver al señor Gardner, ¿no es así? Todos los personajes representados en este museo son de celebridades fallecidas.

—Sí, claro… ¿Cuánto hace que falleció Russ Gardner?

—Un par de meses. Fue un lamentable accidente.

—Ah… ¿Fue un accidente? ¿De qué clase?

—Pues…

—¿Alguna dificultad, Simmons? —Sonó la voz detrás de Brigitte.

Se volvió, al mismo tiempo que el empleado miraba al nuevo personaje.

—Ninguna, lord Carruthers. La señorita me preguntó por Russ Gardner, pero no sabía que estaba muerto. Y, sin embargo, puesto que ella me preguntó por él, y aquí sólo tenemos figuras de personas fallecidas, no comprendo…

—Yo atenderé a la señorita —sonrió el hombre—. Vea si alguien más precisa de sus servicios.

—Sí, lord Carruthers.

El empleado se retiró, pero Brigitte lo había olvidado completamente, dedicando toda su atención a lord Carruthers. Era un hombre muy alto, apuesto, vestido con severa elegancia, de oscuro, con un clavel rojo en la solapa. Debía tener alrededor de cuarenta años, y era muy atractivo, bronceado, ondulados sus negros cabellos, amables e inteligentes sus ojos castaños. Parecía que quería sonreír, pero los labios permanecían plegados en un gesto firme, inamovible. Su piel era muy tersa, reluciente, saludable. El prototipo del clásico *gentleman* inglés. Impresionantemente apuesto y viril.

—Soy lord Carruthers, director del museo en todas las facetas: técnicas, artísticas, biográficas… Me encantaría poder serle útil en

algo, señorita.

—Gracias… Bueno, no sé…

—¿No le agrada nuestro trabajo respecto a Russ Gardner? Le aseguro que hacemos siempre lo posible por conseguir el más exacto parecido, en todos los aspectos. Sin embargo, si cree que algo no encaja con la personalidad o el aspecto físico de Gardner, escucharé con mucho gusto sus sugerencias. Las figuras de cera siempre pueden retocarse… Cosa que muchas personas vivas quisieran poder hacer con su rostro o cuerpo… —Casi sonrió—. Aunque no creo que sea éste su caso.

—Es usted muy amable, lord Carruthers.

—Sólo he expresado lo que ven mis ojos. Dígame… ¿Qué es lo que no le gusta de nuestro trabajo sobre Russ Gardner?

—No, no… No es eso, de veras… Es que estaba sorprendida. No sabía que él había tallecido.

—Pero quería usted ver a Gardner, ¿no?

—Sí… Así es.

—Pues aquí sólo se pueden ver las figuras de personajes que han fallecido. Y si usted preguntó por Russ Gardner… Un momento. ¿Quizá creyó que lo encontraría aquí… vivo?

Brigitte parpadeó.

—Temo que sí, lord Carruthers.

—¿Y por qué precisamente aquí?

—No sé… Oh, estoy muy confundida. Supongo que todo esto ha sido un mal entendido. Estuve conversando por teléfono con una amiga, que está ahora en París, y le dije que había vuelto de mi gira por Oriente, y que deseaba interpretar un buen papel en una compañía teatral de importancia. Entre otras, cité la de Russ Gardner, y mi amiga me dijo que viniese a verlo aquí, a este museo… Yo no sabía que Gardner había muerto, y claro…

—Entiendo. Usted vino aquí a hablar con Russ Gardner para pedirle un papel en su compañía.

—Exactamente.

—Vaya… Lamento la desagradable sorpresa que sin duda se ha llevado. Pero, como puede comprobar, al gran Russ Gardner ya no es posible pedirle trabajo en su compañía.

—Qué confusión tan tonta la mía…

—Digamos que es una confusión poco corriente. Parece que

usted no entendió bien las explicaciones de su amiga de París… o que ella se expresó muy mal. Lamentablemente, Russ Tobiah Gardner falleció hace un par de meses. Los periódicos hablaron mucho de ello.

—Yo estaba por esas fechas en Oriente… En Tokio, me parece. No sabía nada… ¿Qué clase de accidente tuvo?

—De avioneta. Supongo que no ignora usted que el gran *hobby* de Gardner era su avioneta; aprovechaba todos sus ratos libres para volar, aunque fuese por la noche. Y precisamente una noche tuvo el accidente. Su avión cayó al mar… y ése fue el final de una gran carrera artística.

—Esto me apena tanto… Compréndalo: venía con la ilusión de poder trabajar con él en su compañía, y…

—Comprendo muy bien su decepción y su pesar. Si es usted de la profesión de Gardner debía admirarlo muchísimo.

—Imagínese.

—Bien… Tenemos unas guías biográficas de todos nuestros personajes, que puede usted adquirir en la taquilla. Pero, además de regalarle una, me encantaría resolver cualquiera de sus dudas sobre el gran Gardner. Yo mismo escribí la biografía que figura en la guía, de modo que estoy bien enterado.

—Le agradezco sus atenciones, pero no quiero molestarlo más.

—¡Por favor…! No sé si usted entiende exactamente la gran calidad artística de nuestro trabajo, pero, por el simple hecho de venir a este museo, merece todas nuestras atenciones. Aunque hay quien discute esto, al artista le gusta que contemplen sus obras.

—Desde luego. Debe ser un proceso curioso el de la fabricación de estos… muñecos de cera. Y, desde luego, de gran mérito. ¿Los… construye usted, lord Carruthers?

—No exactamente. Digamos que superviso los trabajos, doy algunas explicaciones… Raramente intervengo en el acabado de las figuras. Tenemos artistas muy competentes que se encargan de eso, y unos talleres muy bien instalados… ¿Le gustaría verlos?

—¿Están aquí?

—Por supuesto. En los sótanos. Claro que en este momento no se está trabajando en la creación de ninguna figura, pero podría enseñarle cosas interesantes, explicarle los procesos…

—Es usted demasiado amable, lord Carruthers. Con gusto

aceptaría su invitación, pero temo que se me está haciendo tarde.

—Lamentable. Ya sabe que estoy a su disposición. Puede usted venir cuando guste, señorita…

—Oh… Montfort. Brigitte Montfort.

—¿Francesa? —se sorprendió lord Carruthers.

—Norteamericana.

Carruthers parpadeó.

—Ah… Bueno, el nombre y el apellido parecen… ¿Qué le ocurre?

Brigitte se había detenido en seco en su caminar hacia la salida. Quedó notablemente pálida, con los ojos muy abiertos, fijos en una de las figuras que estaban sentadas «escuchando» a la soprano Assunta Campanelli. Lord Carruthers la tomó delicadamente de un brazo, mirándola con expresión preocupada.

—¿Se encuentra bien, señorita Montfort?

—Yo… Debo sentirme… algo mal, lord Carruthers. Juraría que… una de esas figuras…

—¿Qué?

—Se… se ha movido.

Lord Carruthers respingó contenidamente, volviéndose hacia el grupo que rodeaba a la eximia soprano en actitud de cantar. Estuvo unos segundos mirando las figuras, parpadeando. Por fin sonrió, y volvió sus inteligentes ojos hacia la espía.

—¿Aceptaría tomar algo en mi despacho, señorita Montfort? Creo que una copa de *Sherry* le sentará bien… aunque no sea la hora más apropiada para tomarlo. Por favor, venga conmigo.

—Le aseguro que esa figura… Oh, debe haber sido una mala jugada de mi imaginación…

—Evidentemente. Hemos logrado un gran realismo en nuestras figuras de cera, pero no tanto que incluso se muevan… Opino que debería usted aceptar mi invitación.

Brigitte no podía apartar los ojos de aquella figura. Una figura más del grupo, ciertamente. Era un hombre, de mediana estatura, más bien obeso, vestido de *smoking* impecablemente. Su rostro era sólo una superficie lisa, como los demás personajes que no eran famosos, que sólo servían de relleno. Apenas si tenía marcada ligeramente la nariz y las hendiduras de los ojos.

Se volvió hacia el atento lord Carruthers, sonriendo con visible

esfuerzo.

—Temo que estoy muy impresionada —musitó—. Le ruego que me perdone, lord Carruthers.

—¿Perdonarla? ¡Por el contrario, le estoy muy agradecido! ¿Se imagina usted la satisfacción artística de este museo al haber conseguido que alguien vea «moverse» una de las figuras? Pero, como director solamente, lamento el trastorno que ha significado para usted. Me encanta invitarla a *Sherry*… ¿Acepta?

—Pues sí. Con gusto.

—Magnífico. Oh… —Carruthers sonrió de aquel modo prieto, viril, casi sin mover los labios—. Desde luego, si quiere cerciorarse de que esa figura no está viva…

—Le ruego que olvide mis tonterías —sonrió Brigitte.

—Es usted muy impresionable, eso es todo. Venga.

La llevó del brazo hacia el fondo de la gran sala general que era la planta baja, mientras Brigitte se esforzaba en no volver la cabeza hacia aquella figura sin rostro definido. La espía internacional pensaba que ella era cualquier cosa, quizá, menos impresionable. También había comprobado ya en diversas ocasiones que no era de las personas que podían sufrir alucinaciones. En tal caso… ¿debía considerar que si ella había visto moverse aquella figura era porque en realidad se había movido? Esto era absurdo, desde luego…

Lord Carruthers abrió la puerta de su despacho, grande y oscura, pesada. Señaló al interior, Brigitte entró, y él lo hizo detrás, cerrando la puerta.

—Siéntese, por favor.

La espía fue hacia uno de los sillones, lentamente, mirando a todos lados. Se sentía completamente deprimida allí dentro. El despacho era oscuro, con gruesos cortinajes en la ventana que sólo dejaban pasar un rayito delgadísimo de sol. Los muebles eran gruesos, recargados, oscuros, austeros, y le pareció que incluso la alfombra era casi negra.

Había cuadros en las paredes, todos ellos de temas tirando a tétricos, de colores oscuros. Y en algunos pedestales, se veían cabezas humanas que, evidentemente, estaban modeladas en cera. Parecía un grupo de decapitados… De buena gana se habría marchado de aquel sombrío lugar, en el que resultaba difícil imaginarse al apuesto lord Carruthers, tan atractivo y amable. De

no haber significado una falta de educación, o al menos de tacto, Brigitte le habría sugerido en aquel mismo momento que cambiara la decoración y muebles del despacho por algo más alegre…

—Lo encuentra sombrío, ¿no es cierto?

—¿Eh…? ¿Qué…?

—Él despacho.

—No comprendo…

—Es triste, sombrío. Hace tiempo que vengo pensando en cambiarlo todo, pero me detienen cuestiones de índole profesional. Desde luego, yo no necesitaría trabajar, esto es un *hobby* para mí, pero… ya que lo hago, quiero hacerlo bien. Un despacho alegre, con flores y persianas de colores vivos encajaría muy poco en un museo donde se trabaja con personas fallecidas. ¿No le parece?

—Quizá sí… No sé…

—La seriedad ante todo. ¿Alguna vez ha modelado cera, señorita Montfort?

—No. Jamás se me ocurrió. He pintado un poco, he modelado arcilla, toco algo el piano y el violín… Pero jamás pensé en esa faceta del arte, lo confieso.

—Para muchos es un arte tétrico. Pero con esto, como con todas las cosas, ocurre que hay que conocerlo para encontrar placer en ello.

—Supongo que sí. Hay muchas cosas que pueden proporcionarnos placer, y que no lo obtenemos porque no somos capaces de descubrirlo en ellas. Hay, por ejemplo, quien asegura detestar la música, pero es porque jamás ha conseguido interesarse en ella lo suficiente para descubrir todo el placer que la música podría proporcionarle.

—Magnífica definición —aprobó con entusiasmo lord Carruthers —. En verdad, muchas personas se privan de pequeños placeres porque no hacen al menor esfuerzo en descubrirlos, o siquiera sea en analizarlos. Lo cierto es que puede haber placer en todo: en la música, en coleccionar sellos de Correos, en caminar por el bosque, en contemplar a las demás personas, en guardar silencio, en conversar… Todo es un placer para el hombre. Pero la mayoría de las personas se han dicho a sí mismas: «a mí sólo me gusta esto y aquello: lo demás no vale nada». Un grave error. En cualquier situación y circunstancia habrá siempre algo que nos proporcione

placer… si sabemos buscarlo. Tenga, jerez auténtico, desde luego. Con su permiso, la acompañaré.

—No faltaba más… Es usted una persona muy amable, lord Carruthers.

—Sólo las bestias no son amables. Y con esto volvemos a lo que hablamos. La amabilidad, por ejemplo. ¿Acaso no es un placer para uno mismo ser amable? ¿Por qué ser ásperos, groseros, antipáticos, rudos o estúpidos… si podemos perfectamente ser amables y educados, con lo que obtenemos un gran placer?

—Bueno… —rió Brigitte—. No todo el mundo opina igual.

—Lamentaciones —sonrió lord Carruthers.

Brigitte bebió un sorbito de jerez y aprobó con la cabeza. Auténtico, desde luego.

—¿Se encuentra mejor?

—Estoy bien… Ha pasado la impresión, y las cosas vuelven a ser normales. Comprenda que no es fácil de asimilar la idea de que viene una a hablar con un caballero y le presentan una figura de cera.

—Lo comprendo —casi rió Carruthers—. Y luego, esa otra figura que se… movió. Terrible.

—Por favor, no me lo recuerde… Desde luego, no se lo contaré a nadie. Se reirían de mí.

—Si me está pidiendo que no lo divulgue, cuente con ello, por supuesto. Aunque es una lástima; daría prestigio a nuestro museo… ¿Otra copita, quizá?

—No, no… Se lo agradezco mucho. Ah, lord Carruthers, esos libritos que contienen biografías de sus personajes de cera…

Carruthers asintió con la cabeza. Fue a su mesa y tomó una de las guías del museo, que entregó a Brigitte Ella lo hojeó distraídamente, y luego abrió su bolsito.

—Entiendo que vale tres chel…

—¡Por favor! —protestó Carruthers.

—Bien… Gracias de nuevo. Como diría un escocés, la fortuna puede empezar por tres chelines. O menos. Ha sido usted muy amable, lord Carruthers.

—¿Se marcha usted ya? —se decepcionó él.

—Tengo que volver a Londres, por algunos pequeños compromisos.

La verdad era que sentía una gran inquietud allí dentro. Quería marcharse cuanto antes, eso era todo. Carruthers estaba muy decepcionado, pero tuvo que aceptar su decisión. Llevó la copa de *Sherry* a la mesita bar y luego fue a abrir la puerta, hacia la cual se dirigía Brigitte. La abrió, y salieron los dos a aquel horrible lugar lleno de figuras de cera que parecían personajes vivos, reales.

—¿Piensa estar mucho tiempo en Londres? —preguntó él.

—Depende de lo que tarde en encontrar un buen contrato. Para Europa solamente, desde luego. He venido un poco saturada de cosas exóticas.

—Sí… Todo cansa. Incluso lo exótico, una vez ha dejado de ser novedad. Emmm… ¿Volverá usted por aquí, señorita Montfort?

—Pues no quisiera… molestarle, lord Carruthers, pero…

—Entiendo. No le gusta el lugar.

—No mucho.

—Me habría gustado enseñarle los talleres. Y pienso que si volviésemos a vernos, quizá podría… convencerla. Recuerde: todo puede contener un gran placer para nosotros.

—Como teoría está bien —sonrió Brigitte—. Y quizá tenga usted oportunidad de convencerme, si volvemos a vernos.

—Cosa poco probable, si usted no piensa volver al museo.

Brigitte se detuvo y miró amablemente al británico.

—Pero quizá usted vaya a Londres… —musitó—. Y si por casualidad tuviese algún negocio pendiente en el Claridge, es posible que volviéramos a vernos. Adiós, lord Carruthers. Muy agradecida por todo.

Tendió su manita, y Carruthers la tomó, inclinándose sobre ella para besarla. Pero sus labios no llegaron a la piel de la espía… Fue sólo el gesto, muy cortés, perfecto, exacto.

—Estoy seguro —susurró— de que debo tener algún asunto pendiente en Londres. Y el Claridge es un hotel muy adecuado para mí.

—Parece que tenemos gustos parecidos… en algunas cosas. Hasta la vista.

La espía dio la vuelta y se alejó hacia la salida. Cuando apareció en el exterior y notó el tibio sol en el rostro, suspiró con gran alivio. Pensó que se habría sentido tristísima sí aquél hubiera sido uno de los clásicos días ingleses de nieblas y lluvias. Pero, por fortuna, allá

estaba el sol…

Parpadeó, de pronto, desconcertada. Había olvidado el pequeño problema de su regreso a Londres. Había despedido al taxi, y no había podido recurrir a Russ T. Gardner para regresar con él. Bien, tendría que pensar en una solución para aquello, cosa que no sería desde luego excesivamente difícil. Incluso con un poco de suerte podría encontrar un taxi de Londres por allí, o quizá un coche de alquiler que…

—Si va a Londres, tendré mucho gusto en llevarla —sonó de pronto una voz tras ella.

Capítulo III

Brigitte se volvió lentamente y se quedó mirando al hombre que tan oportunamente había hecho la oferta. Era el atractivo sujeto de los cabellos rubios, mentón firme y ojos oscuros que vestía un atuendo absolutamente deportivo, juvenil, despreocupado. Y en verdad, todo él producía esa impresión de juventud y despreocupación. Alto, atlético y sonriente además de atractivo, su sola visión no podía dejar de resultar muy complaciente a una dama. En suma: era el hombre que había estado mirando la figura de cera de la soprano Assunta Campanelli con aquella cruel, refocilada, sarcástica sonrisilla.

—Se lo agradecería mucho, señor. Parece que va a ser un poco difícil conseguir un taxi a estas horas.

—Todo el mundo suele almorzar a esta hora. Incluso los taxistas. No creo que consiga un coche… excepto el mío, claro.

—De todos modos, no quisiera molestarle.

—Bueno… Es una pequeña molestia, ciertamente… Pero la soportaré con gusto.

—No, no… Si no le va bien llevarme…

—Me va fatal —sonrió el apuesto caballero—. Mi camino me lleva a Chingford, donde vivo. Esto quiere decir que tendré que bajar hasta Londres, dejarla allí y regresar hacia el norte. Un verdadero fastidio… si no fuese usted la chica más bonita que he visto en mi vida.

—Mi… Muchas gracias. Pero aun así…

—Yo he hecho la oferta, al fin y al cabo. No soy ningún tonto. Dentro de unos minutos saldrá del museo toda esa gente curiosa. La mayoría tienen coche propio, y hay incluso un autocar, que no creo fuese a notar su peso. Lo cierto es que usted podría llegar a Londres sin mi ayuda… Pero eso me fastidiaría mucho más que desviarme unas cuantas millas. Como se suele decir, «yo la vi primero».

Brigitte se echó a reír, divertida.

—Eso quiere decir, sin duda, que se considera con derecho a mí.

—Naturalmente. ¿Tiene muchas cosas que hacer en Londres?

—Siempre hay muchas cosas que hacer en Londres.

—Pero algunas pueden posponerse. ¿Le gustan a usted los almuerzos sencillos?

—¿Almuerzos sencillos? No comprendo…

—Quiero decir si es capaz de almorzar cualquier cosa. Ya me entiende: uno abre el frigorífico, ve lo que hay dentro, y en un par de minutos decide lo que va a almorzar. Es divertido, casi siempre. Se puede elegir un montón de cosas: jamón, huevos, carne, pescado, legumbres, jugos de varias cosas, caviar…

—¡Caviar!

—¡Ah! ¿Le gusta el caviar, señorita?

—Me encanta. Pero estamos hablando de caviar, no de esas bolitas negras que ingieren algunas personas. Cuando yo hablo de caviar, hablo de caviar, señor…

—Caviar ruso, naturalmente —gruñó simpáticamente el hombre —. ¿Por quién me toma? Yo no estoy hablando de bolitas negras, sino de ésas quizá grises, quizá verdes, de tonalidad transparente, y que han sido sacadas de los vientres de los mejores esturiones del Caspio, Usted me entiende. Me llamo Wayne Parrish, tengo treinta y cuatro años, soy viudo, tengo dinero, algunos coches, una casa formidable en Chingford, un yate, tengo buen gusto… Cuando hablo de caviar, me refiero al caviar-caviar. Usted debería saber ya que yo no quiero saber nada con imitaciones.

—¿Yo debería saber eso? ¿Por qué?

—Por el simple hecho de haber estado esperándola aquí fuera. ¿Se considera usted una… imitación de mujer?

—¡No! —rió Brigitte.

—Eso demuestra mi buen ojo para valorar las cosas y las personas. La idea ya está en marcha: ¿almorzaría conmigo? No creo que tenga usted en Londres ningún asunto que justifique el hecho de que usted y yo nos privemos de ese placer.

—No es usted muy modesto, señor Parrish. ¿Cree que será para mí un placer almorzar con usted?

—La desafío a que demuestre lo contrario —rió él.

—Acepto el desafío Pero con la condición de que tenga usted

teléfono en su casa.

—¡Oh, vamos…! ¿Está bromeando? ¡Claro que tengo teléfono! Y puede comunicar con Londres en menos de un minuto. Es eso lo que pretende, ¿no?

—Exactamente.

—Pues parece que no hay mucho más que hablar… Ah, un momento: ¿cuál es su nombre?

—Brigitte Montfort. Norteamericana.

—¿De veras? Ignoraba que Estados Unidos hubiese evolucionado tanto. Aquél es mi coche. Uno de mis coches, quiero decir.

Caminaron los dos hacia allá. Era un «Cooper-1000», pequeño, rojo, alegre. Todo lo contrario al museo del cual acababan de salir los dos. Una vez dentro, resultaba que la panorámica era excelente, debido a la perfecta disposición y amplitud de los vidrios. Wayne Parrish lo puso en marcha y salieron de allí como disparados por un cañón, con un seco estampido del motor.

—Está trucado —explicó Parrish—. Me gustan los coches pequeños, pero la mayoría son un poco lentos, así qué me hice arreglar el motor. No va a creerlo, pero con este cacharro he dejado atrás en la carretera a más de un «Jaguar»… Creo que los conductores todavía deben estar con la boca abierta.

—Lo creo —admitió Brigitte—. Y si no quita usted el pie del pedal, me parece que llegaremos a su casa volando. Es un coche demasiado pequeño para correr tanto.

—¿Tiene miedo? —rió él.

Brigitte lo miró de reojo y vio la seca mueca en la boca varonil. Una mueca crispada, adusta, que parecía brotar bajo el influjo de algún recuerdo desagradable. En realidad, aquella mueca le recordó la sarcástica sonrisa con la que el apuesto deportista había estado mirando la figura de cera de la soprano Assunta Campanelli.

—Mucho miedo —dijo.

Y acto seguido colocó su piececito sobre el pie de él, apretando así aún más el pedal del gas. El cochecito pareció dar un salto y la velocidad pasó de sesenta millas a casi ochenta y cinco. Mientras hacía esto, Brigitte miraba el rostro de Wayne Parrish. Lo vio transformarse completamente. La mueca desagradable desapareció, y en su lugar quedó una inefable sonrisa alegre, juvenil, llena de vida, de vigor… La aguja del cuentamillas llegaba ya casi a

noventa.

—¿Quiere un cigarrillo? —propuso él.

—Buena idea… ¿No tiene música en el coche?

—¡Naturalmente que tengo música! Ahí en el *tablier*… Eso es. Escoja el disco que le guste.

Brigitte bajó la tapa del *tablier* y apareció el pequeño tocadiscos, junto al cual se veían algunos. Eligió uno al azar, lo colocó y puso en marcha el aparato. El coche lanzaba al aire un zumbido brutal, y el aire se colaba por las ventanillas como un huracán, despeinando a ambos ocupantes. La pieza elegida resultó ser *Ob-la-di, Qb-la-da*, de Los Beatles. Era gracioso, en realidad. Lanzados a una velocidad de locura en aquel cochecito y escuchando a Los Beatles. Los árboles de los lados de la carretera eran simples manchas que duraban una fracción de segundo… En el tiempo que Brigitte tardó en encender dos cigarrillos se cruzaron con tres autos de mayor tamaño, pero cuyos conductores eran normales, y que sin duda quedaron escalofriados, listos para tomarse un *whisky* sin agua en cuanto pudieran.

Wayne Parrish sonrió cuando Brigitte le colocó el cigarrillo en los labios, y tuvo que gritar:

—¡Creí que escogería usted otra clase de música!

—¿Por ejemplo? —gritó también Brigitte.

—¡Qué sé yo…! ¡Opera, o algo así!

—¡Se equivocó!

—¿No le gusta la ópera?

—Mucho. Y hasta la canto… ¡Pero sólo cuando me baño!

¡Plaaffff…! El cochecito pasó junto a un cochazo que pareció quedar clavado en la carretera. Brigitte miró por el retrovisor, ladeándolo a su comodidad, pero ni siquiera llegó a tiempo de ver el palidísimo rostro del otro conductor.

—¿No puede correr más este juguete? —gritó.

—¡Ya no! ¡Estoy haciendo lo que puedo!

—¡Pues es poco! ¡Otra vez que invite a alguien a correr, asegúrese de que tiene en las manos el volante de un coche de verdad, no un cacharro con ruedas!

* * *

¡Buuurrrruuuummmm…!

El «Cooper» se detuvo, al fin, dentro de un pequeño pero alegre y simpático jardín lleno de flores. Delante se veía la casa, muy a la inglesa, con sus rosales cuidados hasta el agotamiento, sus ventanas serias, el tejado a doble vertiente… Alrededor, todo era césped. El verde, hermoso, tierno césped inglés, que parecía recoger todo el sol y enviarlo hacia la casa.

—Hemos llegado —dijo Parrish.

—En muy poco tiempo. Pero hemos perdido algunos minutos… No se puede decir que sea usted un experto en las curvas, señor Parrish.

—¿Eso piensa? ¿Lo haría usted mejor?

—Quizá sí. ¿Más música?

—No —rió él, mirándola con los ojos muy brillantes—. Dígame: ¿usted es de carne y hueso?

—¿Cree que soy una figura de cera? —rió ella.

Wayne Parrish se quedó con la boca abierta, demudado de pronto el rostro, pálido. Todo su entusiasmo, su alegría, desapareció tan súbitamente que Brigitte quedó sorprendida, desconcertada.

—Veamos qué podemos almorzar —musitó él, al fin.

Salieron del coche los dos a la vez y fueron hacia la casa. A la izquierda de ésta se veía una amplia y chata construcción de madera, que sin duda era el garaje. Parecía lo bastante grande para contener cuatro coches por lo menos. Entraron en la casa, cuyo mobiliario era de estilo alegre, moderno, liso. Había alfombras de colores, cuadros casi pornográficos, trofeos de caza, artículos deportivos… Era una mezcla sorprendente, rayando en lo absurdo. Había revistas por todos lados, zapatillas, batines, pipas, jerseys…

—¿Asombrada? —rió Parrish.

—Bueno… No sé… De lo que no cabe duda es que usted vive solo, señor Parrish.

—Solo como un mico —volvió a reír él—. ¿Alguna vez ha experimentado el placer de la soledad?

—Pocas veces —admitió Brigitte, disgustada consigo misma ante este descubrimiento.

—Le aseguro que vale la pena. ¿*Martini*? *¿Sherry?* ¿Moriles? ¿Vodka? ¿*Whisky*? ¿Bach? ¿Listz? ¿Debussy? ¿Huevos? ¿Jamón? ¿Carne? ¿Leche? ¿Vino? ¿Café?

—Lo que usted quiera —rió ella, en verdad divertida—. ¿Quiere que le ayude en la cocina?

—No, no… Eso es cosa de hombres —se echaron a reír los dos —. Pero puede preparar un par de aperitivos, y elegir la música que más le guste. Apuesto a que termino antes que usted.

—¿Tiene tomates?

—¿Tomates?

—Tomates. Quiero dos o tres, bien fritos. Me gustan.

—Caramba.

—¿Y champaña?

—*Oh, la, la… Mais oui mademoiselle…!*

—Con guindas.

—¿Qué?

—Con guindas, señor Parrish. ¿No sabe lo que es eso?

—Bueno… ¿Guindas? Sí, sé lo que es eso… Pero no tengo. ¡Maldita sea mi suerte!

—Me resignaré. Alguien dijo que no es posible tenerlo todo en la vida. Y añadió que dichosos aquéllos a los que sólo les faltan las guindas.

—Ah, por el cielo… ¡Si todo el mundo fuese tan fácil de contentar como usted…!

—Sólo hay que saber tocar el resorte adecuado.

—¿Eso piensa? Yo digo que no. Hay personas que no tienen… resorte alguno que tocar. Son estúpidas, y morirán siendo estúpidas. La vida la tenemos aquí, en la palma de la mano, y nos rompemos la cabeza buscándola en otros lugares más difíciles.

—Es una filosofía vulgar. ¿Dijo usted que era viudo, señor Parrish?

—Tengo esa suerte.

—Pues… ¿Cómo? Quizá no he entendido bien…

—Ha entendido perfectamente: he dicho que tengo esa suerte. Mi esposa está mejor… donde está. ¡La muy bruja!

—Vamos, vamos, señor Parrish… Modérese.

—He sido moderado al decirle solamente bruja. Era una asquerosa arpía, egoísta estúpida, ignorante y llena de prejuicios y miedo a todo. No quería a nadie ni a nada. Sólo a sí misma. ¡Y vaya si eso sabía hacerlo bien!

—Me está usted describiendo a un monstruo, señor Parrish… A

la antítesis de lo que debe ser una esposa.

—Pues así era Assunta. Una egoísta que…

—¿Assunta? —musitó Brigitte—. ¿Assunta Campanelli? ¿Se refiere usted a la soprano cuya figura de cera está en el Watford Museum?

—En efecto. Ella fue mi esposa.

—Me pareció… Vaya, quizá estoy equivocada, pero al menos, en su figura de cera parece algo mayor que usted.

—Diez años. Una vieja, créame. Y no hablo ahora de la edad física. Con ella todo era insufrible. No podía ir a más de treinta millas por hora… ¿Se da cuenta? Treinta millas por hora. Tampoco podía leer revistas de las que me gustan, ni ir a pescar una semana entera, ni tener amigos personales, ni contratar sirvientas jóvenes, ni estar un par de días sin afeitarme, ni fumar en pipa, porque huele demasiado… Olvidémoslo. Ella murió, y yo estoy vivo… ¡Dios sea alabado!

—Pocas veces he oído a nadie hablar con una sinceridad tan brutal, señor Parrish.

—Soy sincero, eso es todo. ¿Ha estado casada alguna vez?

—No.

—Entonces, acepte este consejo: no se case jamás.

—¿Ni siquiera con usted? —sonrió Brigitte.

—¿Conmigo? —Wayne Parrish pareció considerar aquella sugerencia bajo un punto de vista divertidísimo—. No se lo aconsejo, sinceramente. Entiéndame bien: puedo ser un estupendo compañero, podemos pasar ratos magníficos juntos… Lo que sea. Pero, señorita Montfort, a mí no hay mujer en el mundo que vuelva a cazarme. No, gracias…

—No es usted muy galante.

—Bien… No tiene que tomárselo así. Digamos que por usted haría cualquier cosa. Incluso pasar la vida juntos. Pero nada de bodas… Ah, no… ¡Eso no! No sé qué les pasa a las mujeres, que en cuanto se casan, ¡zas!, lo echan todo a perder. Las esposas, como mejor están, es muertas.

Brigitte se sobresaltó. Se pasó la lengua por los labios, y tras un instante de vacilación, preguntó:

—¿Cómo murió su esposa, señor Parrish?

—Abrasada. ¡Je, je, je…! ¡Murió en un infierno, tal como ella se

merecía con todos los honores! La Prensa dijo que había sido un «lamentable» accidente… ¡Bendito accidente! ¡Al infierno con las brujas! ¿Ha dicho que quiere tomates fritos?

—Sí.

—Pues me voy a la cocina. Considérese en su casa… hasta cierto límite.

Brigitte estuvo mirando al alegre vividor hasta que desapareció camino de la cocina. Allá tenía un curioso ejemplar de la siempre sorprendente fauna humana… Se dedicó a preparar dos *martinis*, y casi respingó cuando Wayne Parrish reapareció de pronto en el espacioso *living*, sonriendo.

—Se me olvidaba un detalle… ¿No le gustaría tomar una sauna?

—¿Cómo? ¿Una sauna?

—Antes de almorzar… Es muy saludable. ¿Nunca ha tomado una sauna?

—No.

—¿De veras? ¿Cómo consigue mantener esa silueta, entonces?

—Hago ejercicio diariamente —sonrió Brigitte.

—No cabe duda de que eso es lo mejor siempre… Pero vea lo que son las cosas. Assunta se horrorizaba al oír hablar de ejercicio. Se lo dije muchas veces, pero no me hacía caso. Para ella, lo mejor era una sauna, de sesión prolongada… Supongo que sabe usted, al menos, lo que es una sauna.

—Por supuesto. Aunque hay diferentes modalidades, según entiendo. La auténtica finlandesa es a base de calor proporcionado por carbón de hulla que desprende vapor al ser rociado con agua. Eso se hace en salas cerradas. Donde la temperatura llega a alcanzar más de cien grados centígrados… Una barbaridad.

—¡Completamente de acuerdo! Y ahora, añádale usted esa tontería de azotarse con ramitas de abedul, para facilitar la circulación de la sangre.

—Dicen que da buenos resultados… ¿Dónde está el hielo?

—Se lo traigo del frigorífico enseguida.

Parrish desapareció. Y reapareció dos minutos más tarde, con un tazón de cristal conteniendo cubitos de hielo. Lo dejó sobre el bar y señaló hacia donde estaba lo que Brigitte había considerado un gran garaje, por una ventana.

—Hay una sauna allá. Assunta la mandó construir. Es fácil de

poner en marcha… Ya me entiende. Funciona con gasolina. Sólo hay que mover unos mandos y la sala hermética empieza a calentarse como si fuese el mismísimo infierno.

—Entonces no es una sauna finlandesa —sonrió Brigitte—. ¿Un cubito o dos?

—Dos. Bueno, claro que no es una sauna finlandesa. Ni hay allá ramitas de abedul. Pero se consigue un calor de más de cien grados centígrados. Calor seco, producido por agua hirviente que circula por grandes tuberías. Es una asquerosidad, pero admito que resulta útil para las personas gordas como Assunta. Se mete uno allá, y empieza a sudar igual que un cerdito a pleno sol. Assunta decía que los poros se abrían y se limpiaban de impurezas… Toda la grasa superflua sale del cuerpo igual que si abriesen unos grifos. Ella era capaz de rebajar no menos de cinco libras en una hora. Algo monstruoso.

—¿Y usted no perdía grasas allá? —rió Brigitte.

—También… ¿Qué remedio? A ella le gustaba tenerme cerca a todas horas. Incluso en esa maldita sauna. Nos metíamos los dos allá, desnudos, y… ¡a sudar! Le aseguro que más de una vez creí que iba a morirme allá dentro. En cambio, ella lo soportaba estupendamente, salía, se pesaba, y sonreía tan satisfecha, por haber perdido cinco o seis libras de peso. Yo también perdía, dos o tres libras, pero me sentía mal… Al fin y al cabo, yo no tenía grandes cantidades de grasas para perder. Era horrible. ¿No hay saunas en Estados Unidos?

—Desde luego que sí —rió Brigitte—. Pero soy de las mujeres que gastan poco dinero en salones de belleza. Voy un par de veces por semana a la peluquería, y eso es todo. Por tanto, no necesito recurrir a trucos de belleza.

—Más vale así… De todos modos, si alguna vez engorda, una sauna en el propio domicilio le irá muy bien. Lo derrite todo: grasas, carnes, huesos… ¡Todo!

—Es usted un exagerado —rió Brigitte una vez más—. Y mucho me temo que está intentando meterse conmigo en la sauna para… ver lo que no puede ver ahora, señor Parrish. Porque supongo que allá es mejor entrar desnudo.

—Pues sí… Eso es lo mejor. ¿De verdad no quiere tomar una sauna antes de almorzar? Sólo hay que encender el…

—Olvídelo. Es bonito correr mucho dentro de un coche, señor Parrish, pero hay que tener más calma para otras… cuestiones. No se precipite…

—La idea de la sauna era buena, ¿no? —sonrió él.

—Muy buena. Pero ya le he dicho que yo hago ejercicio diariamente. No necesito cien grados centígrados para perder mis… grasas.

—Tengo *roastbeef* en lata. ¿Le parece bien?

—Muy bien. Pero caliéntelo.

—Claro. Oh, me llevo esto, si no le importa.

—En absoluto. El aperitivo es algo que puede tomarse a solas, Igual que el champaña.

—Cierto… ¿Sabe una cosa? Casi me decidiría a casarme con usted, señorita Montfort.

—Llámeme Brigitte —sonrió ella—. Es más íntimo. Y siempre hay que empezar las intimidades por lo más sencillo. Ah, una cosa, Wayne: ¿su esposa murió abrasada dentro de la sauna, quizá?

—¿Por qué piensa eso? ¿Está considerando la posibilidad de que para deshacerme de ella yo mismo la…?

—No, no… Es una pregunta que se me ha ocurrido.

—Pues la respuesta es NO. Ella murió en nuestra casa de Londres. Se incendió completamente. Algo horrible. Cuando regresé, sólo vi un montón de cenizas.

—¿Cómo? ¿De dónde regresó usted? ¿No estaba en la casa cuando ocurrió el incendio?

—No. Estaba en Dover, vigilando la puesta a punto de nuestro yate, para salir hacia el Mediterráneo, precisamente por estas fechas.

—Entiendo… La casa se quemó, su esposa pereció carbonizada, y mientras tanto, usted se hallaba en Dover, acompañado de muchos amigos, el capitán de su yate y varias personas más.

—En efecto —sonrió maliciosamente Parrish.

—Mi impresión es que usted odiaba a su esposa, Wayne.

—Con todas mis fuerzas. La habría estrangulado si la policía inglesa no fuese tan eficiente.

—¿Por qué se casó con ella, si tanto le desagradaba?

—Porque era millonaria y yo sólo era un muchacho formidable, que se vendió a buen precio. Pero ahora ella está muerta, y yo estoy

vivo, disfrutando de su dinero. ¿No es formidable? Ella me… compró, y me disfrutó cumplidamente. Por fortuna, murió pronto, evitando así que yo recurriese al suicidio para librarme de ella. Si no recuerdo mal ha dicho usted que le gustan los tomates fritos.

—Me gustan mucho —murmuró Brigitte.

—Veré si puedo complacerla como se merece. Vea lo que son las cosas. Usted es una chica que parece hecha para mí. Es capaz de apretar el acelerador más que yo, detesta las saunas, hace ejercicio diariamente, y considera la vida como algo hermoso que hay que aprovechar a toda máquina. Ella era… una porquería. Voy a preparar ese almuerzo. Si quiere tomar una sauna, aunque sea sin mi compañía…

—Tomaré el *martini* aquí, reposadamente.

Parrish se fue de nuevo a la cocina, con su vaso de *martini*. Brigitte se dejó caer en un sillón, abrió el librito que le había regalado lord Carruthers, y buscó la biografía de Russ Tobiah Gardner. Estaba en la página 112. Evidentemente, Gardner había sido un gran actor, casi de la talla de *sir* Lawrence Olivier. Una especie de gloria nacional inglesa. Había llevado una vida muy interesante, recorriendo el mundo entero, cosechando triunfos en todas partes. Se había casado tres veces, pero se había divorciado otras tantas. No había tenido hijos… La biografía, si bien resumida, era muy clara y explicativa. Acababa con la noticia de la muerte del gran actor, sucedida en el mar, cuando se dedicaba a su deporte y *hobby* favorito: volar. La avioneta había sido encontrada una semana después del accidente, partida en dos, con todas las señales características del incendio en pleno vuelo. Pero el cadáver de Russ Tobiah Gardner no había sido hallado.

La biografía de Assunta Campanelli, la fallecida esposa de Wayne Jarrish, aficionada a tomar saunas, tenía una historia poco interesante. Desde niña había demostrado grandes cualidades para el canto, había destacado, etcétera, etcétera, etcétera… Antes que con Wayne Parrish, se había casado con un noble italiano, que falleció a los dos años escasos de matrimonio, de un infarto de miocardio. Tres años más tarde, Assunta Campanelli había encontrado «su gran amor» en la persona del joven deportista Wayne Parrish. Boda, luna de miel… La biografía no decía nada de las saunas, ni de las desavenencias conyugales entre un joven

deportista como Wayne y una gorda soprano como la Campanelli. Tras mencionar su triunfante carrera en la cúspide de la fama, se reseñaba su muerte, ocurrida en su domicilio de Londres, hacía cuatro meses y medio… Casi cinco. La casa se había incendiado, cuando Assunta Campanelli estaba sola en ella. Ni un solo criado. El incendio fue de tal magnitud que sólo al día siguiente, por entre escombros, y ruinas, se pudo hallar un esqueleto… es decir, lo que quedaba de un esqueleto. Y así dijo adiós al mundo la gran soprano Assunta Campanelli.

Fruncido el ceño, Brigitte se dedicó a hojear rápidamente el librito, haciendo caso omiso de las biografías de personajes de la envergadura de la reina Victoria y John F. Kennedy, por ejemplo. Fue buscando los personajes de vida privada, y leyendo solamente el final de la biografía, muy rápidamente, pues Wayne Parrish no podía tardar en aparecer con el almuerzo… Y así, se fue enterando de que todos aquellos personajes de vida privada que habían fallecido, lo habían hecho en circunstancias trágicas. Y no sólo eso, sino que en ningún caso el cadáver había sido recuperado. Así, Charlie Ball, el joven futbolista, había quedado convertido en ceniza, junto con su coche, al caer por un precipicio tremendo. En Escocia, cuando regresaba de unas cortas vacaciones con su familia. Hans von Howitz, el diplomático, había quedado prácticamente incinerado en el coche cuando chocó con otro. El pianista Joseph van Merx se había hundido con su yate.

El escritor Jacques Beauvoir, entusiasta escalador, había desaparecido bajo un alud de nieve en su última excursión de alpinismo…

¿Por qué los cadáveres de tantos famosos no habían sido recuperados? ¿Casualidad? Era cuestión de pensarlo detenidamente, desde luego, aunque había que admitir esa posibilidad. En definitiva, Brigitte se quedó con dos cuestiones que la dejaron francamente interesada. Una de ellas, lógicamente, era aquella carta firmada por Russ Tobiah Gardner, y que, evidentemente, no había sido escrita por el gran actor, ya que hacía dos meses que estaba muerto. ¿Quién la había escrito, entonces, y por qué la había citado a ella en Londres, y luego en el museo de las figuras de cera? ¿Por qué? La segunda cuestión era referente a Wayne Parrish; ¿por qué había contemplado con aquella saña burlona, hiriente, cruel, la

figura de cera de su esposa? Al fin y al cabo, ella estaba muerta, ya no podía molestarlo… ¿Por qué ir allá, a ver la figura de cera? Seguramente, sólo con el ánimo de vengarse… ¿Valía eso la pena?

Wayne Parrish apareció en el *living*, de pronto, llevando en las manos una gran bandeja.

—Este va a ser un almuerzo memorable —exclamó.

—Espero que no haya envenenado el caviar —sonrió Brigitte.

Capítulo IV

—¡Cómo! —exclamó Wayne Parrish—. ¿Te vas a ir ahora? ¿Sin tomar el té? Son las cinco de la tarde, y a esta hora todos los ingleses tomamos el té, pase lo que pase…

—Yo no soy inglesa —sonrió Brigitte—, de modo que puedo prescindir perfectamente de tomarlo. Ya está bien, Wayne: llevo aquí casi cinco horas… Tengo que volver a Londres.

—Pero has llamado ya tres veces, y no tienes allá nada que hacer, según me ha parecido entender… Vamos a tomar el té juntos y luego te llevo a Londres.

—No.

—¿Tan mal estás conmigo?

—Si estuviese mal, no me habría quedado cinco horas —rió la divina espía—. No seas egoísta. Me has enseñado toda la casa, el garaje con gimnasio y la sauna…

—Pero no has querido…

—Ya te he dicho que lo de correr demasiado está bien cuando se va en coche. Has sido muy amable y simpático. Eres un… sinvergüenza divertido, Wayne. Me gusta tu casa, tus coches, y hasta me gustas tú mismo. Pero quiero volver ahora.

—Está bien… ¿Cenaremos juntos?

—Imposible.

—Entonces, ¿nos veremos mañana?

—Eso sí es posible. Te llamaré por teléfono cuando sepa algo concreto.

—De acuerdo. Te llevaré a Londres en…

—Preferiría volver sola. ¿Te molestaría prestarme uno de tus coches? El pequeño está bien. ¿Puedo llevármelo?

—Claro… Todo lo mío es tuyo. Han sido cinco horas estupendas. ¿Quieres creer que hasta empiezo a considerar la posibilidad de volver a casarme?

—¿Conmigo? —rió Brigitte—. No te lo aconsejo. A lo peor te resultaba luego más insoportable que tu querida Assunta.

—Peor para ti, entonces.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Nada… Toma las llaves. ¿Me llamarás hoy mismo, para concretar la cita mañana? —Espero poder hacerlo, aunque sea un poco tarde.

—No me moveré de aquí entonces. ¿A ti qué te parecería casarte conmigo?

—La idea no es mala… Pero tú eres muy voluble, querido. Creí que habías quedado harto de matrimonio.

—Jamás había conocido una mujer como tú. Contigo…

—Mañana hablaremos de eso. Adiós, Wayne.

—No te olvides de llamarme.

Salieron de la casa, ante la cual continuaba el pequeño y veloz «Cooper». Brigitte se quedó mirando sonriente a Parrish, y, de pronto, le beso en los labios, brevemente, dulcemente. Iba a separarse enseguida, pero Parrish la sujetó, y depositó en su boca un beso furioso, voraz, que Brigitte tuvo que romper casi empujándolo, ladeando la cabeza.

—Dejemos las cosas como están, por ahora… —susurró—. Mañana será otro día.

—Podrías quedarte.

—Adiós, Wayne.

Se fue hacia el coche, entró, y lo puso en marcha. Antes de arrancar, miró a Wayne Parrish, que permanecía inmóvil en la puerta de la casa, mirándola sombríamente.

Parecía un niño al que acababan de quitarle un juguete. Brigitte se despidió con un gesto de la mano, y salió de allí como disparada, sorprendida por la veloz potencia de arranque del pequeño auto.

Gran muchacho era Wayne Parrish, tenía que admitirlo. Simpático, alegre, culto… Y muy atractivo. Pero no reunía ni siquiera el cinco por ciento de las cualidades que Baby exigiría a un hombre para aceptarlo como esposo. No tenía ni comparación con Número Uno. De todos modos, Parrish era un gran partido para cualquier mujer, ahora que estaba viudo y tenía el dinero y demás bienes de su mujer. La casa era muy hermosa, grande, y todo en ella era de la mejor calidad. En el garaje tenía dos coches más. Anexo,

tenía un gimnasio, en cuyo fondo estaba la sauna, que era un cuarto pequeño, hermético, con sólo un respiradero esencial en lo alto de la puerta; la puerta tenía un grueso cristal en el centro, a través del cual se podía ver el interior del pequeño cuarto, donde había algunas sillas de aluminio… Sí, un gran muchacho, muy simpático y agradable. Pero compararlo con Número Uno era igual que establecer comparaciones entre una sardina y un tiburón.

Decidió olvidarlo, por el momento. Lo importante ahora era llegar cuanto antes al Claridge, donde tenía un recado escrito en la conserjería, según le habían dicho en la última llamada efectuada al hotel desde la casa de Parrish; al cual había preferido decirle que no había ningún recado para ella.

Lo que más sorprendida la tenía era el hecho de que aquel recado hubiera llegado al hotel telefónicamente, en lugar de enviarle una carta, como había venido haciendo hasta entonces quien fuese que se hacía pasar por Russ T. Gardner.

* * *

El conserje tomó el papel del casillero, así como la llave, y entregó ambos a la señorita Montfort, que lo leyó rápidamente. Luego miró al extasiado empleado del Claridge, cuya corrección era irreprochable.

—¿Esto es todo? —musitó.

—Sí, señorita Montfort.

—¿No dijo ni siquiera su nombre?

—Se lo pregunté, desde luego. Me contestó que usted ya sabía quién era él. Que no podía escribirle, y que por eso le dejaba el recado por teléfono. Lo tomé yo mismo. ¿Hay algún error, quizá?

—No… Ninguno. Muchas gracias.

—Siempre a su disposición.

Se dirigió al ascensor, pensativa. ¿Error? Naturalmente que había allí un error. ¿A quién se le ocurre enviar un mensaje por medio del teléfono, de modo que el conserje del hotel sepa lo que le dicen a ella? O era un imbécil, o tenía sus planes bien basados precisamente en esto: en que el mensaje fuese conocido por alguien más que por ella. En este caso, el conserje del hotel. ¿Por qué?

Mientras ella subía en el ascensor, volvió a leer el mensaje.

«La espero a las ocho en el 45 de Fullham Street, en Lambeth. Sea puntual. Es importantísimo».

Eso era todo. El lugar no le gustaba demasiado. Conocía Londres lo suficiente para saber que el distrito de Lambeth no era precisamente elegante, ni muy tranquilo. Y, desde luego, no tenía ni la menor idea de quién le había enviado el mensaje. Por supuesto, no había podido ser Russ T. Gardner, ya que estaba muerto. Pero debía ser la persona que había utilizado este nombre para atraerla desde Nueva York a Londres… ¿Quién podía ser, y qué estaba tramando?

Cuando se detuvo ante la puerta de su *suite* iba pensando en la conveniencia de no acudir a aquella cita. En definitiva, todo parecía estar relacionado con el Watford Museum, de figuras de cera. De lo contrario, ¿por qué le habría dicho en la última carta el hombre que se hacía pasar por Russ T. Gardner que la esperaba allí? ¿Y quién era él? Cuando salió del museo, y Wayne Parrish se ofreció a llevarla, pensó que él podía ser el autor de las cartas, y por eso aceptó su compañía, concediéndole tiempo para que se decidiera a confiar en ella, si es que tenía algo que decirle y él sabía algo del asunto. Pero, tras cinco horas con el apuesto deportista, sabía ya que él no tenía nada que ver con las cartas. En realidad, lo supo muy pronto, pero como las dos primeras veces que llamó al hotel no tenía ningún recado para ella, decidió que lo mismo daba esperar novedades en el hotel que en la alegre compañía de Parrish…

Había metido el llavín en la cerradura y se quedó inmóvil de pronto. Una sonrisa dura apareció en sus deliciosos labios. ¿Con qué clase de tonta creían que estaban jugando? Ella jamás dejaba la cerradura cerrada del todo. Era uno de sus muchos trucos para saber si alguien había entrado en su habitación durante su ausencia. Y ahora, la cerradura estaba completamente cerrada.

Acabó de abrir, dio la luz y entró rápidamente, colocándose a un lado y sacando la pistolita del muslo izquierdo, con un seco tirón a las tiras de esparadrapo color carne.

Nadie a la vista. Cerró la puerta y, sin descuidarse, lista la pistola, fue hacia el dormitorio. Parecía que todo estaba en orden allí… Frunció el ceño al pensar que, lógicamente, quien había entrado era la camarera, para ordenarlo todo, hacer la cama,

limpiar el cuarto de baño de las salpicaduras de agua… Sí, era posible. Fue al cuarto de baño, y, en efecto, lo vio todo ordenado, con toallas nuevas.

«Eres superdesconfiada, querida», pensó sonriendo.

Volvió a colocarse la pistola en el muslo y fue al armario. De un modo u otro, aunque sólo fuese para bajar a cenar, tenía que cambiarse de ropa: no iba a aparecer en el comedor del Claridge con vestido de mañana… Volvió a fruncir el ceño al mirar sus maletas dentro del armario, y las ropas que ella había colgado en las perchas. Entonces sí tuvo la completa seguridad de que alguien había estado husmeando por allí. Y no la camarera, ciertamente. Era muy poco probable que ella se hubiese dedicado a revolver las cosas de una clienta del hotel.

En pocos segundos supo que habían registrado sus maletas, y que habían descubierto el doble fondo de una de ellas. La consecuencia era que faltaban las dos cartas firmadas por el falso Russ T. Gardner. También habían registrado su maletín especial, aunque parecía que no faltaba nada. Quien había podido hacer aquello en un hotel como el Claridge tenía que ser un ladrón de guante blanco, muy seguro de sí mismo, o bien… un espía.

Reflexionando sobre aquel desconcertante asunto, se cambió de vestido, eligiendo uno negro, de falda corta y muy escotado. Era muy fácil para ella cambiarse de ropa y arreglarse. Cinco minutos le bastaban. No hay nada más rápido y cómodo que la naturalidad. En cinco minutos, ella quedaba mil veces más bella que cualquier dama que se pasa horas ante el espejo de su tocador. ¿Para qué complicarse la vida, entonces?

Descalza todavía, se fue directa hacia el jarrón que contenía algunas flores, después de haber estado mirando todos los rincones del dormitorio, centelleantes sus azules ojos.

Voilá… ¡Allá estaba el micrófono! Pendía del tallo de una flor por medio de un finísimo hilo. El aparatito era diminuto de verdad, apenas del tamaño de un garbanzo. Conocía el modelo: era ruso.

Se apartó de allí, se sentó en la banqueta, y se puso los finísimos zapatitos, mirando ahora con más interés a todos lados. Seguramente, había más micrófonos en aquella *suite* tan grande, pero eso ya no importaba. Un micrófono de fabricación rusa…

El timbrazo del teléfono la sobresaltó tanto que casi se puso en

pie de un salto, respingando. Se quedó mirando con hostilidad el rosado aparato, que volvía a zumbar fuertemente. Atendió a la llamada.

—Oh. ¿Ha dicho su nombre?

—Gracias. Dígale que bajo enseguida.

Colgó el auricular, entró en el cuarto de baño y se miró al espejo. Se sonrió a sí misma, complacida, y todo lo que hizo fue añadir un ligero toquecito de carmín a sus labios. Luego, salió, recogió el maletín rojo con florecillas azules y un abriguito, y salió del dormitorio, mirando pensativa hacia el micrófono. Bueno, de momento estaba bien allí. Ya decidiría más tarde qué hacía con él.

Tal como le habían comunicado por teléfono desde la conserjería, abajo la esperaba ni más ni menos que lord Carruthers, impecable, magnífico, formidablemente atractivo y varonil, con aquella seriedad amable y correcta que parecía impresa para siempre en sus facciones. Acudió rápidamente a su encuentro y Brigitte le tendió la manita.

—Lord Carruthers… Esta sí que es una sorpresa.

—¿Cómo está? —sonrió él, sólo con aquella chispa viva en los oscuros ojos—. Espero que completamente recuperada de los sobresaltos de esta mañana…

—Oh, sí, gracias… He tenido un día muy agradable después, y había olvidado completamente esas tonterías mías.

—Espero que no me haya olvidado a mí.

—No —sonrió ella—. Ciertamente que no, lord Carruthers.

—Magnífico. Bien, yo… decidí resolver algunos asuntos esta tarde en Londres, y pensé que mi cortesía me obligaría a invitarla… No… No es eso exactamente. La verdad es que sentía grandes deseos de volver a verla…

—Siempre tan amable —agradeció Brigitte.

—Pero no sólo para saludarla —terminó él la frase—. ¿Aceptaría cenar conmigo?

Brigitte pareció consternada.

—Cuánto lo lamento, lord Carruthers… Contraje un compromiso anterior. Como no sabía que usted iba a venir… Lo lamento de veras.

Carruthers se irguió, visiblemente mortificado.

—Ah… Vaya, es lamentable esto… Quizá debía ser más decidido

en el museo, y dejarme de vaguedades.

—Quizá —sonrió ella.

—¿Está citada con el joven Parrish?

—¿Le conoce? —Le miró ella vivamente.

—Bastante. Es un cliente asiduo del museo. Aparece por allí cada semana una vez, por lo menos. Parece fascinado por las figuras de cera. Especialmente por la de Assunta Campanelli. Bueno, eso está justificado, ya que ella fue su esposa.

—Lo sabía —sonrió de nuevo Brigitte—. El señor Parrish y yo hemos pasado unas horas juntos, y me ha contado algunas anécdotas. Supongo que usted nos vio marchar juntos en el coche de él, lord Carruthers.

—Así es… Y supongo que va a cenar con él. Le envidio.

—Pues no le envidie, porque no es con él con quien voy a cenar —rió ahora la divina espía—. Tengo asuntos de trabajo que resolver.

—Bien… Estoy muy decepcionado. Pero me consuela saber que no me abandona por un joven tan atractivo como Wayne Parrish. ¿Puedo confiar en que mañana por la noche…?

—Le llamaré al museo por la mañana y le diré si me es posible aceptar su invitación. De todos modos, muy agradecida, lord Carruthers, por su cortesía.

—No es cortesía, insisto en ello. Lo cierto es que resulta delicioso estar con usted, señorita Montfort. Lo que voy a decirle quizá le parezca un poco cursi, pero… lo cierto es que no he podido olvidar sus ojos.

Brigitte parpadeó, como si la asombrara que alguien pudiera decir semejantes cosas.

—¿Qué tienen mis ojos? —se interesó maliciosamente.

—Parece que lo tienen todo —rió él quedamente—. No quiero ocultar que me ha impresionado usted profundamente. Tanto, que me gustaría llenar yo solo su libreta de citas durante su estancia en Londres. Es más: quisiera saber cómo podría impedir que se marchase de Londres. Me gustaría que se quedase aquí para siempre.

—¿Con usted? —murmuró Brigitte.

—En eso estaba pensando, justamente.

Brigitte volvió a parpadear, ahora en verdad sorprendida.

—Tengo prisa, lord Carruthers… —murmuró—. Y ésta no es conversación para ser tenida con prisas. Perdóneme, pero tengo que marcharme ahora. Quizá mañana podamos vernos con más tranquilidad.

—Estaré esperando su llamada. Y… mi nombre es Edmund.

—Ah… Pues… buenas noches, Edmund.

—Hasta mañana… Brigitte.

Ésta sonrió una vez más, y tendió la mano a lord Carruthers, que de nuevo se inclinó sobre ella, pero sin tocarla con los labios.

Poco después, la espía salía del garaje del hotel, dispuesta a acudir a la cita en el 45 de Fulham Street. Tenía tiempo más que sobrado para llegar allí, pero no era precisamente lo que quería: dar unas cuantas vueltas por aquellos lugares antes de decidirse a entrar en la casa del distrito de Lambeth.

* * *

La casa no era muy grande, pero sí muy vieja. Y el lugar no parecía de lo más recomendable para una muchachita sola… a menos que esa muchachita fuese Baby, la más peligrosa mujer del mundo.

Había un pequeño jardín delante de la casa. Más bien parecía un patio, que resultaba de una lobreguez impresionante. Hacía ya horas que el sol había desaparecido del cielo, y Londres mostraba su clásica estampa triste, húmeda… Unas finas gotas caían como si se desprendiesen de la niebla que iba bajando rápidamente. Los adoquines de la calle brillaban, húmedos, a la luz del alumbrado, que distaba mucho de ser abundante En la tachada de la casa había un pequeño farol encendido, iluminando el número 45.

No le gustaba nada aquello. Absolutamente nada.

De cuando en cuando pasaba algún hombre apresurado, apenas una sombra sucia en la amarillenta luz.

Bien, ¿qué estaba esperando? Ya eran casi las ocho Y nadie podía decir que la agente Baby no fuese puntual. Sólo que en aquella ocasión se trataba de acudir o no a la cita. Lo más sensato era alejarse de allí, olvidar el asunto y volver a Nueva York. Pero si hacía eso, podía ser peligroso… para más adelante. La conclusión a que había llegado era que alguien sabía que ella era Baby, la espía de la CIA reclamada por diversos servicios de espionaje

internacional. Si se volvía a Nueva York, eludía el peligro, por el momento. Pero ¿y después? ¿No sería quizá mejor hacer frente ya a la situación, y dejarla solucionada? Si huía, se exponía a ser acribillada, cualquier día, en una calle neoyorquina. Cosa que ya podían haber hecho en Londres si quisieran matarla. Entonces… ¿alguien quería una entrevista con Baby? ¿Sólo eso?

Salió del coche, cruzó la calle y se acercó sin vacilar a la casa. Había unas tapias bajas, de ladrillo, que sostenían las verjas, también bajas, oxidadas, abiertas. Entró en el patio, llegó a la puerta y sacó la pistolita, con la cual llamó en la madera. Y a los golpes, la puerta cedió un par de pulgadas. En el acto, Brigitte retrocedió vivamente, apercibiendo la pistolita.

Se volvió bruscamente, al oír pisadas en la acera, muy cerca de allí. Un hombre apareció enseguida, caminando despacio, mirando hacia ella. Llegó ante las verjas y se detuvo allá, sin dejar de mirarla. Un hombre alto, fuerte, grueso, que llevaba ambas manos en los bolsillos de un ligero impermeable. Y quizá en una de aquellas manos había una pistola.

Brigitte retrocedió hacia la puerta sin perder de vista a ese hombre. Quizá todo fuese casualidad, y aquel sujeto estuviese pensando algo muy personal sobre la mujer que veía en un portal. Quizá…

¡Clock!

Recibió el golpe en la parte de atrás de la cabeza, que se llenó de luces de colores, vivísimos, restallantes. Todavía tuvo tiempo de comprender la jugada: el hombre de la calle había atraído su atención. Entonces, otro que había dentro la había golpeado…

¡Clock!

Habría caído de bruces, después de estar aquel breve segundo de rodillas, si alguien no la hubiera sostenido. En verdad, dos trastazos de aquella fuerza en plena cabeza son demasiados, incluso para la agente Baby.

Capítulo V

La primera sensación que tuvo al recobrar el conocimiento fue el desagradable olor a gasolina muy intenso. Parecía llenarlo todo. Luego vio la luz como una mancha amarilla y dolorosa para sus ojos… Un minuto más tarde volvía a abrirlos, lentamente dosificando la entrada de luz en sus pupilas. La cabeza le dolía como si la tuviese roía en mil pedazos pero eso era natural. Lo que no le parecía natural era aquel olor a gasolina.

—Ya despierta —oyó.

Volvió la cabeza abriendo ya completamente los ojos, y vio a un hombre… A dos. La miraban con expresión irónica. Pero se desentendió inmediatamente de ellos para mirar al hombre que se veía tendido de bruces, en el suelo, cerca de ella. Y cerca del hombre, una mujer, también de bruces, que llevaba un vestido idéntico al de ella… No. No es que el vestido fuese idéntico: era su propio vestido. Atónita, la espía se miró a sí misma, y se vio vestida con ropas que desconocía: un jersey rojo y una falda negra, y zapatos de medio tacón, en verdad de pésimo gusto.

—Supongo que está sorprendida —dijo uno de los hombres.

Brigitte se dio el gusto de no mirarlo siquiera. Continuó mirando aquella escena que no podía comprender: un hombre tendido en el suelo y junto a él una mujer que parecía joven, que tenía los cabellos negros y largos… y que muy bien podía parecerse a ella, en líneas generales. Y ambos, sumergidos en una gran mancha de gasolina que se extendía por el suelo. Había cortinas en aquella habitación, y muebles… Todo parecía estar impregnado de gasolina. El olor era cada vez más intenso, más molesto…

—Todo en su honor —dijo el hombre—. Un gran honor: el de figurar junto a grandes personajes.

Brigitte miró por fin de nuevo a los dos hombres, que la apuntaban con sendas pistolas. Ella estaba sentada en un viejo

sillón, al cual la habían atado muy flojamente.

—¿Qué significa todo esto? —musitó.

—Vamos, vamos, no se haga la inocente, Baby…

—No me hago la inocente, caballeros. Soy, en efecto, la agente Baby, de la CIA, y puedo aceptar con entereza las circunstancias actuales. Pero me gustaría saber de qué se trata. Así de simple.

—¡Bien! Tiene agallas, hay que admitirlo. ¿Se lo explicamos, Albert?

—¿Por qué no? —sonrió el otro, divertido—. Ella tiene derecho a saber lo que le está pasando, Stewart. Explícaselo.

—*All right*… Es todo un truco, señorita Montfort. Un truco para dejar bien demostrado, cuando encuentren los cadáveres, que Brigitte Montfort, la periodista norteamericana, es… era la agente Baby Verá: esa mujer que ve ahí muerta de dos balazos, tiene ahora en sus ropas toda la documentación de usted. El hombre que ve tendido cerca de ella lleva documentación rusa, y ha sido muerto hace unos minutos con la pistola de usted. Además, hay otro hombre… Tráelo, Albert.

Éste pasó detrás del sillón donde estaba sentada Brigitte, y reapareció arrastrando a otro hombre por un pie. Stewart lo señaló.

—También ha sido muerto con su pistola, señorita Montfort. Y también él lleva documentación rusa. Peto, además… Enséñale las fotografías a ella, Albert.

Albert quitó la cartera al hombre, la abrió y sacó unos documentos y unas fotografías… Las fotografías eran de Brigitte, en primer plano. Las había de perfil, de frente, tomadas por detrás pero visible parcialmente su rostro… Era imposible adivinar dónde y cómo habían sido hechas. Solamente se veía su rostro, con una nitidez formidable. Albert dio la vuelta a las fotografías. Y detrás de todas ellas, la espía pudo leer, escrito en ruso:

«Esta es Brigitte Montfort, periodista norteamericana, pero también la agente Baby de la CIA, que tantas molestias nos ha ocasionado. Está ahora en Londres, en el Claridge Hotel. Orden: eliminarla».

Baby se pasó la lengua por los labios y miró de nuevo a Stewart.

—Sigo sin comprender.

—Es fácil. La mujer y el hombre que ve tendidos ahí, serán pasto de las llamas. Cuando encuentren sus esqueletos, sus restos, no

sabrán a quiénes pertenecen, pues estarán por completo inidentificables. Sin embargo, afuera, en el patio, encontrarán el cadáver de este otro hombre, con documentación rusa, y con las fotografías de usted, aclarando que usted es la agente Baby La policía llegará a la siguiente conclusión: dos espías rusos que la han identificado y localizado, tienen orden de matarla. La cuestión se ha resuelto en esta casa; uno de ellos ha podido matarla a usted —señaló el cadáver de la mujer desconocida—, pero usted ha podido disparar también contra los dos. El que se va a quedar dentro, evidentemente, habrá muerto al instante. El otro, malherido, ha salido corriendo de la casa, corriendo del fuego que provocará un quinqué de petróleo… Pero, una vez en el patio, ha caído, y ha muerto allí. Total: una pelea entre espías, en la que quedará demostrado que la agente Baby era Brigitte Montfort, periodista americana que ha sido al fin eliminada y, casualmente, quemada luego, junto con uno de sus enemigos. Pero el otro, el que ha podido salir, lo aclarará todo, con su documentación rusa y las fotos de usted, con la explicación al dorso, en ruso, de que usted, o sea la mujer encontrada muerta aquí dentro, era Brigitte Montfort, la agente Baby.

—Entiendo… El mundo entero sabrá que Brigitte Montfort era la agente Baby Eso es lo que ustedes quieren demostrar, ¿no es así? Pero me pregunto para qué. ¿No sería más sencillo matarme a mí de verdad?

—Oh, no. Si la dejásemos aquí todo sería más difícil a la hora de exhibirla.

—¿Exhibirme? ¿Cómo, dónde…?

—Ya lo verá… —rió Stewart. Miró su reloj—. Bueno, creo que es momento de terminar el trabajo. La vamos a soltar de los pies, señorita Montfort, y vendrá con nosotros al coche. No haga tonterías, ¿comprende?

Brigitte asintió con la cabeza. Miró uno a uno los tres cadáveres y por fin preguntó:

—¿Quiénes son esas tres personas?

—Gente normal y corriente, gente cualquiera, que fueron elegidos para este asunto.

—¿Está diciéndome que los hombres no son rusos, y que la mujer es… una mujer cualquiera… y que han asesinado a tres

personas sólo para organizar esta absurda mentira?

—Efectivamente. ¿Le disgusta esto?

Brigitte no replicó. Sólo los miró, fríamente. Ambos encogieron los hombros.

—Desátale los pies… Creo que será mejor colocar el maletín de ella en un sitio que no se queme demasiado…

—Será inútil. Toda esta casa va a quedar convertida en cenizas. Mejor, prepara el quinqué. Podrá parecer un accidente absurdo, pero que piensen lo que quieran. Lo importante es que sepan que Brigitte Montfort era Baby Apuesto a que tendrá muchos visitantes diariamente en su pedestal.

Se echaron a reír los dos. Stewart encendió un quinqué, mientras Albert se inclinaba hacia los pies de Brigitte. Soltó las cuerdas que los sujetaban y comenzó a ponerse en pie.

—Volveremos con el coche de…

Estaba a la altura justa, y Brigitte, que había encogido la pierna derecha como si le doliera, la estiró de pronto, lanzando un ferocísimo taconazo que acertó de lleno la garganta de Albert, derribándolo de espaldas sobre el cadáver de aquella mujer desconocida empapado en gasolina.

Stewart acababa de dejar momentáneamente el quinqué sobre la mesa y se volvió a toda prisa apercibiendo su pistola. Para entonces, la espía internacional todavía con las manos atadas a la espalda, cargaba contra él, con la velocidad y decisión de una pantera.

—¡Quieta! —gritó Stewart—. ¡No me obligue a estropear…!

Fue un choque tremendo, en el que Stewart, mucho menos preparado para aquella manera de luchar, llevó la peor parte. Salió disparado contra la pared, donde rebotó de espaldas, para caer de rodillas ante Brigitte, que se tambaleaba a punto de caer. Stewart era muy fuerte, y en circunstancias normales, Brigitte habría tenido que desistir de seguir peleando. Pero estaba segura de que aquellos dos hombres tenían órdenes severísimas de no matarla, por lo menos a balazos, y supo sacar partido de esta certidumbre.

Mientras Albert, encogido en el suelo, tosía como si tuviera la garganta llena de cristales que se rompían, y Stewart la volvía a apuntar con la pistola, ella lanzaba su pie derecho contra este último. Le acertó de lleno en la barbilla, él rebotó contra la pared de cabeza esta vez, y cuando cayó de bruces al suelo, alzando la

cabeza y la pistola, Brigitte comprendió que Stewart estaba olvidando muy rápidamente la orden de no matarla. Sólo que, para entonces, la situación era mucho más favorable para la espía. Arrebató la pistola de la mano de Stewart con un puntapié y, enseguida, con el otro pie le golpeó, de punta, en una sien, con una fuerza terrible, que pareció retorcer, arrancar la cabeza del hombre. Dio un par de vueltas por el suelo y se quedó inmóvil, con los ojos abiertos, fijos en el techo.

Cosa que no importaba a Brigitte, que tenía la pistola como siguiente objetivo. Cayó junto a ella, de lado, y consiguió asirla con los dedos crispados, entumecidos… Albert continuaba tosiendo, pero se empezaba a poner en pie. Quedó como si tuviese ambas piernas tronchadas, tambaleándose, con la pistola en la diestra, pero mirado turbiamente a su alrededor…

Plop.

La espía disparó tendida de lado en el suelo y dando la espalda a Albert, con la cabeza vuelta hacia éste, que recibió el balazo en el centro del pecho. Lanzó un alarido, saltó, cayó de rodillas y volvió a ponerse en pie, de un modo absurdo, escalofriante.

Plop.

Brigitte había dado una vuelta, tomando mejor posición para el siguiente disparo. Y esta vez, pese a todas las dificultades, la bala dio en la cabeza de Albert, que cayó como un saco, hacia atrás. Seguramente, en el infierno le dirían que no se debe confiar jamás en una espía cuyo entrenamiento para matar es continuo y perfecto.

Inmediatamente, Brigitte se puso en pie, lívido el rostro, y se acercó a Stewart. Se quedó mirando la sien donde había aplicado el golpe; se había hundido de un modo horrible bajo el punterazo que había ocasionado la muerte fulminante del hombre, cuyos ojos parecían mirar estupefactos, doloridos, el techo.

La espía suspiró profundamente, y fue hacia donde estaba su maletín. Lo recogió arrodillándose junto a él y lo llevó a la mesa, junto al quinqué ya encendido. Se colocó de espaldas para abrir el maletín. Sacó de él el cepillo para el cabello, apretó el extremo del mango y apareció el agudo estilete, con el que cortó las cuerdas en menos de un minuto.

Luego se quedó contemplando ceñudamente aquel cuadro con cinco cadáveres. Cinco cadáveres en el 45 de Fulham Street, un

lugar que, sin duda, sería recordado por el conserje del hotel cuando la noticia apareciera en los periódicos. Sí… Recordaría muy bien que a la señorita Montfort la había citado allí un hombre. Eso era lo que habían querido decir, desde luego. Pero ahora, todo había cambiado, y a ella no le convenía semejante publicidad.

Pensativa se dedicó a recoger su documentación, fotografías, ropas. Todo cuanto pudiera relacionarla con su estancia allí, y, desde luego, lo que pudiera delatarla como la agente Baby de la CIA. Por supuesto, no podía ponerse sus ropas, que estaban empapadas en gasolina, pero hizo un paquete con ellas, dispuesta a llevárselas. Por el momento, estaba bien con la ropa de la otra mujer. No era momento de coqueterías.

Y sí de buscarle una solución a aquello. Apagó el quinqué, y también la luz eléctrica. Un accidente estúpido, ciertamente, que habría dado mucho que pensar a la policía.

En cambio, ella no tenía que pensar gran cosa para comprender la verdad, y saber lo que tenía que hacer a continuación. Alguien iba a pagar por cinco muertes… ¿O quizá por muchas más?

Capítulo VI

Caía una fina lluvia cuando llegó allí. La oscuridad era completa; a no ser porque veía relativamente las luces de los faroles de la entrada al Watford Museum, incluso habría podido pensar que estaba ciega.

Había dejado el coche a unas trescientas yardas más atrás, fuera de la carretera, recorriendo el resto del camino a pie, poco menos que a tientas. Ni una sola luz en la distancia, a excepción de las del museo; ni siquiera un solo coche había pasado por aquella carretera. Todo esto la tenía del peor humor imaginable. Bien estaba jugarse la vida en una playa, entre palmeras y bajo la luz de la luna o el sol. Pero correr ese riesgo en un lugar como aquél resultaba muy desagradable. Al final, estos pensamientos la obligaron a sonreír. Era divertido que alguien se preocupase del lugar de su muerte… ¿Qué más da un sitio que otro?

Eso, en el supuesto de que aquella gente fuese capaz de conseguir lo que no habían conseguido ni los rusos, ni los chinos, ni gente dedicada al espionaje de altos vuelos, con grandes medios, mucho personal, trampas peligrosas…

Se encontró de pronto ante una de las ventanas del museo. Fue tan inesperado aquello, en la oscuridad, que casi lanzó una exclamación de sobresalto. Se sobrepuso enseguida y extendió las manos, tocando el cristal, frío, duro. Pero ella tenía algo más duro aún. Se quitó el relojito de pulsera y apoyó un canto en el cristal. Apretó suavemente primero y luego con fuerza.

Comenzó a trazar una curva en el cristal, con la cobertura de diamante del reloj. Se oía el suave crujido del cristal al ser cortado. Eso, y la lluvia, cayendo mansamente sobre el verde césped.

Cuando acabó de marcar la circunferencia, cortó de un tirón un trozo de esparadrapo, y lo enganchó en el cristal: empujó éste hacia dentro del museo, y lo sostuvo, colgando sobre la tira de

esparadrapo… Metió el brazo, hasta que pudo dejar dentro el cristal, sin ruido. Luego, con la mano que ya tenía dentro, buscó el cierre de la ventana. La abrió, entró y volvió a cerrar. Decidió quitarse los feos zapatos de la mujer muerta. El silencio era tal que hasta habría podido oír una respiración a diez o doce yardas de ella. Sólo que no se oía tal respiración.

No se oía nada.

Sacó la diminuta linterna del maletín y la encendió. Pese a que sabía dónde estaba, respingó cuando la luz dio en el rostro de una de las figuras de cera. Se quedó mirando, espantada, aquel par de ojos de cristal que miraban siempre a la nada.

Con más seguridad ahora, debido a la luz de su linterna, se deslizó hacia el grupo de figuras donde estaba la soprano Assunta Campanelli. Vio su rostro gordo, coloradote, su boca abierta, las manos en alto, el abundante pecho hinchado, a punto del esfuerzo… Desvió la fina raya de luz hacia donde, por la mañana, había visto aquella figura de cera que «se había movido»… Y esta vez, el sobresalto fue tan grande que dio un brinco, y la linterna casi escapó de su mano: aquella figura que ella había visto moverse, no estaba allí. El hombre más bien gordo y sin rostro, vestido de *smoking*, no ocupaba su silla. ¡Y también faltaba una dama del grupo!

Comprendió que se estaba asustando y tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse.

«Calma… Calma, querida… —Pienso—. Sabes muy bien que todo tiene una explicación. Todo. No hay espíritus, ni vudú, ni tonterías de ésas… Todo cuanto ocurre en este mundo es de este mundo».

Movió la linterna, de un lado a otro, rápidamente. El pequeño círculo de luz iba iluminando diversos rostros de cera, inmóviles, rígidos, brillantes.

Y, de pronto, todo pareció vibrar en el museo, al influjo de aquella voz nítida, clarísima, poderosa. Una magnífica voz de soprano, consiguiendo una perfectísima ejecución del aria de *Carmen* Brigitte lanzó un chillido y se volvió precipitadamente hacia la figura de cera de Assunta Campanelli, iluminando de lleno su rostro. Todo seguía lo mismo, igual, idéntico. La figura no se movía. Pero de su boca brotaban las palabras, y de su pecho la música de

acompañamiento… ¡La figura de cera estaba captando!

—No —jadeó Brigitte—. ¡No! ¡NO!

Assunta Campanelli continuaba cantando, inmóvil, sin mover ni siquiera los labios… Lógico. Esto era lógico. Pero cantaba…

Las luces del museo se encendieron, de pronto. Todas las luces. La claridad cegó a Brigitte durante unos segundos, mientras giraba y giraba, en busca de alguien contra quien disparar en cuanto le viese… No vio a nadie. A nadie… salvo las figuras de cera, todas inmóviles, mientras Assunta Campanelli seguía cantando.

Y, de pronto, el cante cesó. Bruscamente, como si hubiese muerto de repente, todo el vigor de la cantante. Brigitte miró la figura, y se pasó la lengua por los labios. Silencio… Be nuevo el intenso silencio.

—¿Quién hay aquí? —Casi gritó—. ¿Quién está en el museo?

Las notas musicales saltaron de pronto al aire. Un piano… Alguien estaba tocando magistralmente el piano. Identificó inmediatamente la melodía: *El aprendiz de brujo*, de Dukas. La interpretación era magnífica, formidable, genial… Más por instinto que por razonamiento, la espía se volvió hacia donde, por la mañana, había visto la figura del universal pianista Hans von Howitz. Allá estaba, inmóvil, sentado ante un piano simulado, hecho de cartón y piedra. Y, sin embargo, de aquel piano brotaba la melodía clarísima, inconfundible, de *El aprendiz de brujo*.

Con la pistola por delante, Baby se acercó al grupo que formaban el pianista y sus admiradores de cera. Miró las manos de Hans von Howitz, que parecían estar tocando las teclas… Sólo parecían estar tocándolas. Las teclas del falso piano no se movían, pero la música seguía.

Y, de pronto, también cesó. Todo de nuevo en silencio, todo igual que antes, todo inmóvil, todo muerto… Brigitte volvió a suspirar, con fuerza, mirando a, todos lados.

—Déjense de trucos estúpidos… —Alzó la voz—. Ustedes quieren algo de mí. Déjense ver y hablemos. No van a asustarme con grabaciones musicales. Me han sorprendido, pero no volverá a ocurrir. Quedo a la espera.

Oyó la risa, a su izquierda, y se volvió, alzando la pistola. Se quedó mirando hoscamente la figura de cera de la cual había brotado la risa, y acabó sonriendo fríamente, desviando la mirada

hacia otro lado, en busca de alguien vivo…

—No se desoriente, señorita Montfort… —Oyó—. Tiene un oído perfecto. Déjese guiar por él. Así… Míreme… En efecto, soy yo quien le está hablando.

Se quedó mirando aquella figura de cera. Entornó los ojos… Aquella figura era la que faltaba en el grupo de Assunta Campanelli. Era el mismo hombre gordito, vestido de *smoking*… Cuando lo miró estaba todavía sentado, pero se puso enseguida de pie, lentamente. Su rostro era igual que aquella mañana, una pura mancha de cera, con apenas una señal para la boca y los ojos.

Brigitte le apuntó con fría decisión a la cabeza, sonriendo ahora, ya dueña de sí, superado el desconcierto.

—Imagino que no pretende usted asustarme, amigo mío… —deslizó casi amablemente—. Admito que me ha sorprendido y sobresaltado un poco debido a su teatral mudo de recibirme. Pero, como habrá observado, no he llegado al histerismo.

—Eso me habría sorprendido mucho.

—¿Por qué? Precisamente, lo natural habría sido que perdiera por completo el control de los nervios y…

—No, no, no… Oh, por favor, basta, señorita Montfort. Lo que dice tiene sentido, es cierto. Una mujer cualquiera habría caído poco menos que desmayada ante estos pequeños trucos. Pero usted no es una mujer cualquiera, según parece. Es, ni más ni menos, que Baby… La peligrosísima agente Baby…

—Si está convencido de que soy peligrosísima, su comportamiento no es muy inteligente, amigo mío: puedo matarle en un segundo, a pesar de que usted parece no temer esa posibilidad.

—Es una posibilidad que sí he tenido en cuenta, se lo aseguro. Pero sé que no va a matarme… No, al menos ahora, así, de pronto. Si tal hiciera, sería usted la que demostraría inteligencia muy escasa.

—¿Por qué?

—¿No le interesa saber nada de todo este juego que hemos empezado con usted? ¿No siente curiosidad?

—Admito que sí. Pero yo siempre antepongo mi seguridad personal a mi curiosidad.

—Ah, magnífico… ¿Se da cuenta cómo usted no es una mujer

corriente? Por mi parte, sí tengo curiosidad en saber una cosa, al menos: ¿cómo consiguió escapar de Stewart y Albert? Eran mis dos mejores hombres.

Brigitte se echó a reír secamente.

—Pues si aquellos dos infelices eran sus mejores hombres, está usted perdido, mi amigo; eran dos desgraciados, eso es todo. ¿Cómo sabe que están muertos?

—Tratándose de usted, es fácil comprenderlo así. Lo temí al no recibir la llamada telefónica de ellos a la hora convenida. Cuando pasó esa hora fijada para llamarme, y no lo hicieron, supe que usted había conseguido escapar. Lo cual sólo podía hacerlo después de matarlos. Y puesto que ya he aceptado su gran inteligencia, supe que vendría hacia aquí. Tenía que venir aquí. La carta de Russ T. Gardner mencionando este museo tenía que surtir su efecto. Además, no tenía ninguna otra pista. Y por si esto fuera poco, calculé que con su reconocida astucia, debía haberles sonsacado algo a mis dos hombres, consiguiendo la pista suplementaria que la traería aquí.

—Fantástico… —sonrió Brigitte—. Bien, aquí estamos charlando como dos buenos amigos, cuando lo cierto es que no lo somos… ¿O sí?

—¿Por qué no?

—Eso pienso yo: ¿por qué no? —sonrió Brigitte—. Dígame quién es usted, puesto que tan amigos somos.

—Mi nombre no le dirá absolutamente nada.

—¿No quiere decírmelo, amigo mío?

—Farley Dawson.

La decepción de Brigitte fue claramente visible, y el hombre del *smoking*, con mascarilla de cera ocultando sus facciones, encogió los hombros.

—¿Es usted inglés?

—Así es… —admitió el llamado Dawson—. Y, por favor, deje de apuntarme con su pistola.

Brigitte bajó la mano armada, lentamente, mirando a todos lados. Justo en aquel momento, las luces del museo se apagaron casi en su totalidad. Solamente quedaron tres lucecitas, una a cada extremo de la grandiosa sala y otra al fondo… Y esto obligó a Brigitte a alzar de nuevo la mano armada, apuntando a Farley

Dawson.

—Quieto… —murmuró la espía—. No abuse de mi buen carácter, señor Dawson.

—Es absurda su actitud, Baby… ¿No se da cuenta de que está atrapada, de que jamás podrá salir de aquí?

—¿Va usted a impedírmelo?

—No sea terca. Jamás podrá abandonar este museo. Fíjese bien en lo que digo: jamás.

Brigitte entornó los ojos, ya francamente molesta por la situación. Volvió a mirar a todos lados, rápidamente; pero las luces que había ahora en el museo más bien producían sombras inquietantes que iluminación útil. Veía perfectamente las figuras de cera, desde luego. Y también a Farley Dawson, que permanecía inmóvil ante ella, al otro lado del grueso cordón que rodeaba el grupo del pianista Hans von Howitz. Por lo demás, las sombras eran en verdad inquietantes.

—De acuerdo, Dawson; no saldré jamás de aquí. Pero dígame, ¿por qué?

—Porque quiero conservarla. Es usted tan hermosa…

—Déjese usted de estupideces. ¿Para quién trabaja?

—¿Cómo? —se sorprendió Dawson.

—Dawson: le voy a meter ahora mismo un par de balas en la cabeza si no contesta a mis preguntas. Y fíjese bien que digo en la cabeza, no en el cuerpo. Puede que lleve un chaleco de esa famosa fibra de titanio que los ingleses han perfeccionado para confeccionar chalecos protectores: ése es un asunto ya viejo, conocido por todo el mundo. No me trate como a una tonta, o todo terminará muy mal… para usted. Aun en esta semioscuridad, puedo meterle un par de balas en el punto exacto que elija de su cabeza.

—Sé eso muy bien. Pero si quiere un buen consejo, deje caer su pistola y venga conmigo.

—Es posible que acepte eso. Pero antes quiero saber para quién trabaja o qué se propone usted con toda esta comedia. ¿Trabaja para los rusos?

—¡Qué barbaridad! ¡Desde luego que no!

—¿Para los chinos?

—¿Tampoco? —rió Dawson.

—¿Para quién? Conteste o…

—Señorita Montfort, de veras; no trabajo para nadie. Solamente para mí mismo. Quiero tenerla a usted aquí, eso es todo. Supongo que ya habrá comprendido que fui yo quien le envió la carta utilizando el nombre de Russ T. Gardner. Me refiero a la carta que recibió en Nueva York. Y también a la que recibió en el hotel en Londres. Y, evidentemente, fue uno de mis hombres quien pasó el recado telefónico al Claridge citándole en el cuarenta y cinco de Fulham Street, en Lambeth.

—Todo eso lo tengo olvidado ya de puro sabido, Dawson. Es lo lógico. También sus hombres fueron tan amables de explicarme lo que querían hacer en aquella casa de Lambeth, respecto a que el mundo supiese que la agente Baby era Brigitte Montfort, y que había muerto en una acción de espionaje. Perfecto. Muy bien montado todo, le felicito… Pero ¿por qué utilizar el nombre de Russ T. Gardner? Yo jamás había tenido tratos con él.

—Lo mismo podía haber utilizado cualquier otro nombre de los personajes que tengo en el museo. Lo importante era que usted llegase hasta aquí, para conocerla personalmente, y sin riesgos, antes de poner en marcha mis planes.

—Entiendo… Me estuvo usted viendo esta mañana, cuando yo visité el museo…

—Efectivamente. Y usted tuvo razón; me moví un poco… Su vista es excelente. Y, por un momento, temí que lo fuese a echar todo a rodar. Por suerte, se contentó con considerar la cuestión como una pequeña jugarreta de sus sentidos. Pude observarla a mis anchas.

—Es usted muy afortunado… —dijo la espía, sarcástica—. Muy bien. Tenemos que usted utilizó a Russ T. Gardner para hacerme venir a Inglaterra, a Londres, y por fin a este museo. También tenemos que quería hacer creer al mundo que Baby había muerto, y que supiesen que Baby era… o había sido Brigitte Montfort. Y todo esto, ¿para qué?

—Para tenerla a usted en el museo.

—¿Está loco? ¿Cree que podría retenerme prisionera aquí toda la vida?

—¿Quién habla de tenerla prisionera?

—Bien… Vamos llegando al fondo de la cuestión. ¿A quién quería venderme?

—¿Venderla? ¿Qué está diciendo?

—Me estoy impacientando, señor Dawson. No me diga que ignora que los rusos ofrecen dos millones por mi cadáver. Y los chinos tres millones. ¿A cuál de ellos pretende venderme?

—No me interesa el dinero. Está completamente equivocada. Jamás la vendería a usted.

—¿No le interesa el dinero?

—En absoluto. Tengo muchísimo más del que puedo necesitar en toda mi vida. Yo quería a la agente Baby, es todo.

—¿Cómo supo quién era la agente Baby? ¿Quién le dio mi nombre auténtico, mi dirección en Nueva York…? ¿Quién?

—Sería muy largo de contar. Obtuve esa información de un hombre… que ya está muerto.

—¿Qué hombre?

—¿Qué importa eso?

—A mí sí me importa, como medida de seguridad.

—Oh, pero ya le he dicho que ese hombre murió. No debe temer más por su incógnito. Cuando el mundo sepa la verdad, ya nadie podrá molestarla.

—¿Habré muerto? —deslizó gélidamente Brigitte.

—Pues… me temo que sí.

—Todo esto es de lo más absurdo. Usted no trabaja para ningún servicio de espionaje, según entiendo.

—Exactamente; no trabajo para ningún servicio de espionaje.

—Tampoco pretende cobrar la recompensa que los chinos o los rusos ofrecen por el cadáver de Baby.

—Tampoco, en efecto.

—Pero, en cambio, quiere que todo el mundo sepa que Baby ha muerto en una misión y que Baby era Brigitte Montfort. ¿Para qué?

—Para que vengan a admirarla a mi museo. Me gustará mucho saber que en cuanto la noticia se divulgue, miles de espías de todo el mundo vendrán a ver a la que, sin duda, será la más famosa y admirada de mis figuras.

—Ah… Creo que empiezo a entender. ¿Piensa hacer una figura de cera igual a mí?

—Aproximadamente —rió Farley Dawson.

—¿Sabe lord Carruthers todo este asunto?

—¿Qué le parece a usted?

—Supongo que sí. Estuvo esta tarde en el hotel… Dijo que quería cenar conmigo, pero sabía muy bien que yo tenía una cita que para mí era importante, o por lo menos intrigante, en el cuarenta y cinco de Fullham Street… En realidad, lord Carruthers fue al hotel para asegurarse de que yo acudiría a esa dirección. Cuando estuvo seguro, llamó a Albert y Stewart, para que lo preparasen todo, y me esperasen.

—Formidable, señorita Montfort. Todo exacto.

—Todo eso sigue pareciéndome absurdo. ¿Ha organizado todo el asunto sólo para que miles de espías vengan a ver mi figura de cera en su museo?

—Esa será una de mis distracciones. Y una gran satisfacción.

—Es usted un cretino —gruñó Brigitte—. En cuanto a sus planes, ya han fallado. No podrá demostrar que Baby soy yo, ni organizar aquel asunto del incendio… Le ha fallado.

—Oh, lo intentaremos de nuevo, naturalmente. Imagino que usted ha quemado sus fotografías y las documentaciones de aquellos dos hombres muertos que pasarían por agentes rusos. Pero conseguiremos más fotografías y más documentaciones. Usted no podrá impedirlo esta vez… Y a los pocos días de que el mundo sepa la verdad sobre Brigitte Montfort, usted será un personaje más en mi museo.

—¿Todo lo ha hecho por esto?

—Sí. Aunque la cosa tiene unas… derivaciones un tanto complicadas, que no tenemos tiempo de aclarar ahora. Por favor, ¿quiere venir al sótano con nosotros? Habrá que empezar a prepararlo todo…

—Quieto… —siseó Brigitte—. Quieto, señor Dawson. Ni usted ni nadie va a hacer mi figura en cera.

—Usted no entiende, señorita Montfort. No va a ser una figura de cera representándola a usted lo que habrá en mi museo. Será usted misma la que estará expuesta a las miradas de los visitantes. ¿Para qué hacer una figura de cera si disponemos del original?

Capítulo VII

Baby notó un ramalazo de frío que recorrió todo su cuerpo, estremeciéndola violentamente. Supo que había palidecido. Y casi al mismo tiempo, el presentimiento que le había forzado a estas reacciones se convirtió en sólido conocimiento consciente en su cerebro.

—No es cierto… —jadeó—. No es cierto todo esto…

—Observo que está comprendiendo PARTE de la verdad. Vamos a ir abajo, Agatha —se volvió hacia una mujer que parecía una figura de cera—. ¿Vienes o te quedas aquí?

La figura de aquella mujer se puso en pie. Tenía también un rostro como un bosquejo, hecho en cera, de modo que era imposible ver sus verdaderas facciones.

—No me perdería eso por nada del mundo, Farley —dijo, con voz agria, casi estridente.

—Lo suponía. Bien, vamos allá… ¿Quiere ser tan amable de acompañarnos, señorita Montfort?

—No. Van a ser ustedes los que vendrán conmigo…

—No sea estúpida. ¿Va a llevarnos con la policía? Tendríamos que decir que usted es Baby si las cosas nos fuesen mal. ¿Le conviene eso?

—No mucho… Pero más que estar convertida en una de sus figuras en este horrible lugar, sí me conviene. ¿Sabe, señor Dawson? Usted mismo me ha dado la solución. Como comprenderá, no tengo más remedio que matarlos a los dos, y marcharme de aquí. De modo que…

Adelantó un poco más la mano, dispuesta a disparar, sin la menor vacilación. A ella no le importaban aquel hombre y aquella mujer llamada Agatha… ¡Al infierno con ellos! Más adelante intentaría arreglar las cosas de modo que…

Lanzó un grito de sobresalto cuando, todavía alzando ella la

mano, una de las figuras que estaban junto a Farley Dawson y Agatha, entró en velocísimo movimiento, saltando hacia ella por encima del grueso cordón rojo. Realmente, tenía que haber sospechado algo así, pero fue tan inesperado, que la figura de cera cayó sobre ella antes de que hubiese tenido tiempo de apretar el gatillo de su pistola.

Fue un choque fortísimo, que los llevó a ambos al suelo, cayendo Brigitte de espaldas, y llevando encima al hombre que sujetaba su muñeca derecha… Un hombre de carne y hueso, naturalmente, por mucho que hasta entonces hubiera parecido una figura de cera, con el rostro también mostrando sólo la forma esbozada de ojos, boca y nariz. La máscara de cera debía estar tan perfectamente construida, que el hombre podía respirar y ver perfectamente.

Pero la espía no tenía tiempo de pensar en estas cosas. No tenía tiempo de pensar en nada que no fuese su supervivencia. Y así, mientras caía hacia atrás llevando al hombre encima sujetando su muñeca derecha, lo asió por una solapa con la izquierda, se encogió, de modo que cayó rodando sobre su coxis y espalda, y al mismo tiempo, encogía las piernas, colocando ambos pies en el vientre del hombre.

De este modo, el sexto *sutemi* de judo salió impecable: al llegar al suelo, siempre con el hombre encima, Brigitte sólo tuvo que insistir en su giro hacia atrás, extendiendo con todas sus fuerzas las piernas hacia arriba y atrás… El hombre lanzó un chillido cuando se vio alzado en el aire siguiendo el impulso de su marcha, y dando una vuelta de campana, que terminó al caer de espaldas sobre el duro y brillante piso del museo. Fue una caída brutal, que hizo crujir todos sus huesos de la espalda y la cabeza, que chascó secamente contra el suelo.

Había dado un tirón tan fuerte a la muñeca de Brigitte, que casi la rompió, llevándose la pistola al resbalar los dedos. La pistola desapareció en la penumbra del suelo, pero Brigitte no se ocupó en buscarla. No tenía tiempo. Se puso en pie antes que el hombre, que quedó vacilante sobre sus piernas, aturdido, con los brazos tendidos hacia delante.

Era el momento de emplear una pequeña dosis de karate, y la espía internacional no se andaba con contemplaciones en momentos como aquél: se colocó de lado, gritó agudamente para destemplar el

sentido del equilibrio del hombre y mientras su torso se inclinaba hacia el suelo, la pierna derecha salió lanzada hacia el estómago del hombre, en un fulminante impacto de primer ataque con el pie. Resultó casi terrorífico el modo en que el sujeto salió volando hacia atrás, encogido sobre sí mismo como si fuese una pelota…

Farley Dawson estaba gritando agudamente sus órdenes y varias figuras de cera aparecían ya rodeando a Brigitte, horrendos aquellos rostros sin forma definida, aterradora la impresión de sentirse acorralada por lo que hasta entonces habían parecido simples formas inanimadas. En verdad, el recibimiento dispensado a la agente Baby era muy digno de ella.

Otro nuevo grito agresivo de la espía, una nueva patada, y el hombre más cercano a ella salió disparado hacia atrás, con la mandíbula rota, fracturada por el feroz taconazo. Otro de los hombres se le acercó por delante, temerariamente. Brigitte colocó el puño en forma de garra, con los nudillos formando un arco, y lanzó el siguiente golpe de karate a la garganta del hombre, haciendo girar su mano como si fuese una barrena cuando tocó la carne, que fue seccionada, machacada, enrollada en los nudillos. Otro hombre que cayó hacia atrás, lanzando unos alaridos escalofriantes.

Y mientras, otro cayó sobre la espalda de Brigitte. Los fortísimos brazos masculinos se Cerraron en torno al torso de la espía, sujetándole ambos brazos por encima de los codos, como en un cepo de acero.

Pero, a veces, ni siquiera el acero es lo bastante fuerte.

Baby dio una brusca sacudida de su brazo derecho hacia arriba, solamente alzando el codo; mientras, su hombro izquierdo descendía, colándose hacia abajo, de modo que quedó libre. El brazo derecho de su enemigo estaba aún sobre su hombro derecho, y sólo tuvo que asir con su mano izquierda aquel brazo, inclinarse fuertemente hacia delante y… *Voilá*! La primera llave de hombro de judo fue impecable: el hombre se sintió alzado, llegó a quedar cabeza abajo mientras daba la vuelta, y, siguiendo ésta, recorrió no menos de diez pies por el aire antes de caer sobre el desafortunado pianista Hans von Howitz, que quedó incrustado en su piano.

—¡No! —Oyó a Dawson—. ¡No disparéis! ¡No quiero una sola herida en su cuerpo!

Su voz sonaba crispada, chillona, casi aterrada. Una cosa era oír

hablar de la agente Baby, y otra verla en acción, a menos de cuatro yardas, quitándose de encima a varios hombres, uno tras otro, como si estuviese haciendo un divertido juego sin importancia. Era como ver a una sorprendente máquina invencible. Era un auténtico espectáculo de estética, de habilidad, de elegancia, de eficacia…

—¡Atrapadla! —aullaba Dawson—. ¡Malditos idiotas, atrapadla, va a saltar por una ventana…!

Efectivamente, Brigitte corría ya hacia la fachada del museo, directa hacia uno de los ventanales, dispuesta a dar el gran salto contra los cristales, girando en el aire de modo que fuese su espalda la que los rompiese, y caer finalmente rodando al exterior. Una vez allí, nadie podría atraparla. Y todos lo comprendieron así al ver la velocidad a que corría aquella «encantadora y delicada» muchachita… que finalmente, tuvo mala suerte.

En su prisa, corriendo por entre los grupos de figuras de cera, se desorientó un instante respecto a qué figuras formaban parte de cada grupo. El resultado fue catastrófico para las figuras… y para ella: en su cintura se incrustó uno de aquellos gruesos cordones rojos sostenidos por hierros clavados en el suelo; siguió adelante, hasta el último tirón, que la hizo caer de bruces, rodando sobre el cordón. Se puso en pie a toda prisa… y fue a dar de cara contra una de las figuras… Brigitte lanzó un grito, apartó aquella figura de un manotazo y, para esquivar al primero de los hombres que llegaban tras ella, se dio ahora contra otras dos, que rodaron, lo mismo que ella, por el suelo.

Cuatro hombres cayeron inmediatamente encima de ella. Uno le sujetó las piernas, rodeándolas con ambos brazos, aullando a cada salto violentísimo que intentaba efectuar la ferocísima pantera llamada Baby. Otro le sujetó un brazo. Otro hombre, el otro brazo. Y el cuarto se sentó sobre su abdomen, la asió por los cabellos, por ambos lados de la cabeza, se la alzó rudamente, y aún más rudamente, la golpeó contra el suelo.

Por entre los jadeos, los gritos, el rumor de la lucha, se oyó un seco «¡clock!».

Y la pantera dejó de luchar.

* * *

—Asombroso… —Oyó la voz, muy lejana—. ¿De verdad ha hecho usted todo lo que me han dicho?

Todavía tardó unos segundos en abrir los ojos con precaución. Era ya una auténtica veterana en aquellas cuestiones. Pero aquella vez, los ojos no le dolieron, porque no había allí mucha luz. Lo que sí le dolía, y de un modo horrible, era la cabeza. Naturalmente.

Quiso llevarse una mano a ella, y esto le sirvió para comprobar que estaba atada. Pero no como antes, en aquella casa de Lambeth. No… Estaba tendida boca arriba, estirada sobre algo muy duro y frío. Encima veía un techo oscuro, lúgubre. Movió la cabeza, para ver dónde la habían colocado, y vio el blanco mármol.

Sus manos y pies habían sido atados de modo que las cuerdas pasaban por debajo de la plancha de mármol, sujetándola allí muy eficazmente. Pero no fue esto sólo lo que vio, sino que estaba completamente desnuda. Por eso sentía aquel frío tan intenso del mármol en la espalda. Su piel dorada resultaba como una luz sobre la blancura del mármol…

Volvió la cabeza al otro lado, y vio a lord Carruthers, de pie junto a ella, mirándola con ojos muy brillantes, penetrantes…

—Supongo que no está muy cómoda —sonrió.

Brigitte se estremeció al ver aquella sonrisa que apenas movía los labios de Edmund Carruthers. Su rostro brillaba en un tono azulado en aquel lugar tan escasamente iluminado. Impecable y perfecto como siempre, varonil, atractivo, pero, al mismo tiempo, con un algo de repulsivo bajo aquella luz, rígidas sus facciones. Siempre las tenía tan rígidas…

—No… —musitó Brigitte—. No estoy muy cómoda, Edmund. Pero puedo vestirme para la cena en cuanto usted lo desee.

Carruthers rompió a reír, siempre rígido el rostro.

—¡Espléndido sentido del humor! Sin embargo, querida señorita Montfort, debo decirle que está muy bien así… Incluso para cenar.

Brigitte hizo una mueca de desdén y fue moviendo la cabeza, examinando aquel lugar. Era, por supuesto, el sótano del museo, donde fabricaban las figuras de cera. Había maniquíes de cera, cabezas, más mesas de mármol, moldes, largos palos, docenas de vestidos de hombre y mujer de diferentes épocas, colgados en una barra… Se olía a cera de un modo mareante, repugnante. Vio tres compuertas metálicas, redondas, y comprendió en el acto que eran

los hornos donde se calentaba la cera para ser moldeada a continuación.

De espaldas a ella, ante una de las mesas de mármol llena de probetas de diferentes formas y tamaños, así como líquido y herramientas de hierro y cristal, estaban la mujer llamada Agatha y Farley Dawson, brillantes sus cabezas de un modo extraño, incomprensible.

—Supongo que los recuerda: Agatha y Farley… Viejos amigos míos. Hace mucho tiempo que los tres vivimos aquí, encerrados en el museo.

—Pudieron escoger un lugar más agradable —dijo Brigitte, indiferente, casi despectiva.

—Éste es bueno para nosotros, créame. Muy bueno. Podemos…

—Será mejor que no pierdas más el tiempo con ella, Edmund… —dijo Farley Dawson, acercándose, seguido de Agatha—. Es conveniente que vayas ya a matar a ese estúpido de Wayne Parrish. Podría echarlo todo a perder.

Brigitte había palidecido tanto, que su rostro parecía del mismo color que aquel blanquísimo mármol sobre el cual estaba tendida. Estaba tan aterrada, que ni siquiera tuvo fuerzas para gritar su espanto, su miedo infinito, su angustia, su horror… Y no por las palabras de Farley Dawson, ciertamente, sino por el rostro de éste. Hubiese hecho mejor dejándose puesta la mascarilla de cera. Mucho mejor.

Cualquier cosa era mejor que mostrar aquello que ni siquiera podía llamarse rostro: era un amasijo de carne roja, brillante, retorcida, que parecía compuesta por diminutas placas de metal rojo. No había labios en aquel rostro, ni nariz, ni orejas… Y ni un solo cabello en la cabeza, ni cejas, ni pestañas… Era como una bola de carne brillante, horrible, que tenía los puntos oscuros de los ojos, hundidos en aquella carne atroz, destruida, retorcida… Agatha se había colocado junto a Farley, mostrando idénticas condiciones faciales: sin un solo cabello, ni cejas, ni pestañas, sólo con una oreja y media, sin labios, sin nariz… Sus ojos eran aún más pequeños que los de Farley, y parecían dos puntos de luz furiosa, de fuego. A ambos se les veían los dientes, en una mueca tan espantosa, que, por fin, Brigitte tuvo fuerzas para cerrar los ojos, gimiendo sobrecogida.

—¿No le gustan mis amigos? —Oyó a Edmund Carruthers, irónico.

—Fue un… «Pequeño» accidente de automóvil, hace ya casi quince años… —explicó Farley Dawson—. Los tres íbamos dentro del auto, y sólo Edmund tuvo una relativa suerte. Mi esposa y yo, como ve, quedamos muy poco… presentables.

Aquello era tan espantoso, que Brigitte se resistía a abrir los ojos. ¿Para qué? Lo feo es mejor no verlo, ignorarlo, huir de ello.

—Exactamente esa actitud de usted es la que todos tuvieron con nosotros… —Adivinó Farley—. No querían vemos. De modo que nos retiramos aquí. Y ya no hemos vuelto a mostrar nuestros rostros a nadie. Ni siquiera nuestros empleados los han visto. Cuando queremos ver a la gente, nos ponemos las mascarillas y nos colocamos en el museo, junto a cualquiera de las figuras, como comparsas. Lo pasamos divertido. Cuando estamos solos, aún es mejor. Podemos hacer que Assunta Campanelli cante, o que Von Howitz toque su piano, o que *Sir* Winston Churchill pronuncie uno de sus brillantes discursos… Naturalmente, todo está grabado en cintas magnetofónicas… Unas noches cenamos con Von Howitz, mientras éste toca el piano, otras veces pasamos la velada escuchando y viendo a Assunta Campanelli… En fin, disfrutamos de las habilidades de cada uno de nuestros… amigos, en lo posible. Nos agradaría invitarla a tomar el té con la Campanelli, pero temo que no será posible, porque la vamos a matar…

—Un momento… —masculló lord Carruthers—. Nada de matarla antes de que yo regrese, Farley.

—Muy bien. Pues entonces, cuanto antes vayas a matar a Wayne Parrish, mejor. Agatha y yo casi lo tenemos todo preparado… Pero creo que sería mejor que antes te ocupases del asunto de la casa de Lambeth. Id allá tú y los muchachos, y retiradlo todo. Por el momento, no podremos poner en práctica el plan. Retirad los cadáveres, limpiad la gasolina… Todo, Edmund.

—Está bien… Luego iré a por Parrish. Cuando regrese tomaré las fotografías de la señorita Montfort. Habrá que ir pensando en repetir el intento.

—Sí… No te preocupes. Conseguiremos otras dos documentaciones rusas, y el cadáver de otra chica y dos hombres más. Y como antes de matar a Baby le tomaremos unas fotografías,

pondremos el plan en marcha a la primera oportunidad. De otro modo, no podríamos justificar el saber que Brigitte Montfort era Baby… Tiene que pasar lo del incendio, la pelea, los cadáveres… Que los periódicos hablen de ello. Ten cuidado con Parrish. No más fallos, Edmund.

—¿Qué culpa tengo yo si aquellos dos idiotas…?

Brigitte se decidió a abrir los ojos, pero sólo se atrevió a mirar a lord Carruthers.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué matar a Wayne Parrish…? Él no sabe nada…

—Sabe mucho más que usted —replicó secamente Farley.

—Sí… —Apoyó lord Carruthers—. Realmente, Brigitte, usted no sabe nada de nada. Ni siquiera que nosotros somos un… club de asesinos por encargo. ¿Sorprendida?

Brigitte le miraba fijamente, atónita.

—Muy sorprendida… —musitó al fin—. ¿Alguien les encargó que me matasen, entonces?

—No, no… ¡No entiende usted nada! —Se irritó el monstruoso Farley Dawson—. La muerte de usted va a ser un capricho particular de nuestro club. Supimos quién era Baby y decidimos tenerla en nuestro museo. Un gusto personal, eso es todo. Y viéndola tan bella, no cabe duda de que tuvimos una buena idea… ¿No es cierto, Agatha?

—Sí… ¡Es tan hermosa, tan delicada…! ¡Será maravilloso poder contemplarla, Farley!

Adelantó una mano, que deslizó por la piel de Brigitte, la cual se estremeció al ver aquella garra abrasada, de dedos unidos por la piel quemada…

—No me toque… —jadeó—. ¡No me toque!

—¡Qué piel tan fina y tan bonita! —suspiró Agatha—. Parece de oro… Y qué cabellos tan hermosos y fuertes, tan largos, tan negros… Lo más bonito son los ojos… ¿Verdad, Farley?

—Toda ella es muy hermosa, Agatha… —murmuró Dawson—. Verás qué bien lo pasaremos mirándola.

—Están locos… —gimió Brigitte—. ¡Están completamente locos! ¡No pueden matar a una persona sólo para estar siempre contemplando un bello muñeco de cera!

—Pero señorita Montfort, usted no quiere entender… No la

veremos en efigie de cera, SINO QUE LA ESTAREMOS CONTEMPLANDO A USTED MISMA.

—¡Están locos!

—No, no… Locos, no. Mire, la cosa es mucho más simple de lo que parece… Como va le ha dicho Edmund, nosotros somos un club de asesinos por encargo. Tenemos una buena clientela, que ha pagado espléndidamente nuestros servicios. Edmund es el que da la cara, naturalmente… —rió ásperamente—. ¡Nosotros no podríamos! Verá: una persona necesita que otra desaparezca. Entonces consigue ponerse en contacto con alguien que lo comunica luego con Edmund…

—Sé cómo funcionan las sociedades de crímenes por encargo.

—Sociedades… Fea palabra. Nosotros lo llamamos Club de Tranquilidad. Con nuestro trabajo dejamos muy tranquilas a aquellas personas que desean la desaparición de otras.

—¿Wayne Parrish les pagó por asesinar a su esposa, a la soprano Assunta Campanelli?

—Exactamente. Pero el muchacho está ahora un tanto… alterado, obsesionado. Sí, obsesionado, ésta es la palabra exacta. Viene al museo cada semana, y eso empieza a inquietarnos. Tememos que se ponga nervioso, que surja quizá el arrepentimiento… Cosas así. Y eso sería muy peligroso para nosotros. ¿Comprende?

—Desde luego. Podría incluso llegar a delataros, aun sin proponérselo.

—Exactamente… Por eso queremos eliminarlo. Es absurda esa insistencia que él tiene en ver a su esposa…

—No creo que eso pueda sorprender a nadie —musitó Brigitte.

—Quizá no. Pero tememos que la mente de Wayne Parrish se vaya… desequilibrando. Cualquier error que él cometiese, sería fatal para nosotros. ¿Se imagina la sorpresa del público del museo si ese muchacho se perturbase hasta el punto de decir que estaba contemplando a su esposa?

—Pero ella era su esposa, ¿no?

—Es que, señorita Montfort, nos referimos a la figura de Assunta Campanelli. Es auténtica. No es una figura de cera, no… Esa figura que hay ahí arriba es la propia Assunta Campanelli…

—No… ¡No, por Dios…!

—De veras que sí. Mire, cuando nos encargan asesinar a alguien que no tiene renombre mundial, pues se le mata y ya está. Pero cuando se nos encarga el asesinato de alguna celebridad, arreglamos las cosas de otra manera. Lo disponemos todo de modo que parezca que esa celebridad ha quedado reducida a cenizas… Su cadáver es sólo un esqueleto, como máximo, cuando es hallado. O bien, desaparece en el fondo del mar… ¿Comprende? Pero la verdad es que la persona que encuentran muerta no es la auténtica, esa persona célebre, sino una persona cualquiera cuya semejanza nos permite elegirla. Así, en el caso de Assunta Campanelli, sólo hubo que buscar una mujer de su estatura y gordura, fue introducida en la casa y quemada dentro… Cuando se encontraron sus huesos y cenizas, todo el mundo dijo que era Assunta Campanelli, por supuesto. Cuando lo cierto es que la verdadera Assunta Campanelli fue traída aquí, asesinada dulcemente, embalsamada y colocada luego en el museo como si fuese una figura de cera. ¿Comprende ahora?

Brigitte había cerrado los ojos, nuevamente pálida, congelada de espanto. Ni siquiera podía tragar saliva.

—El proceso es sencillo —continuó Farley Dawson—. Y es exactamente el que vamos a seguir con usted. La mataremos muy dulcemente con una inyección. No subirá usted nada, créame… ¿Verdad, Edmund?

—Verdad —dijo roncamente lord Carruthers.

—Será como quedarse dormida —aseguró Agatha.

—Sí… Eso será… —continuo Farley—. Como quedarse dormida… para siempre, claro. Durante estos años de soledad y encierro voluntario a fin de no inspirar horror a la gente, Agatha y yo hemos aprendido muy bien la técnica del embalsamamiento. Es ciertamente un tanto complicada, pero podemos explicársela en pocas palabras… Oh, sin duda sabe usted que el embalsamamiento es un arte antiguo. Los egipcios ya lo utilizaban con sus reyes…

—Cállese… —gimió Brigitte—. ¡Por el amor de Dios, cállese!

—Vamos, no se derrumbe ahora, Baby Sólo se trata de que usted conozca cuál va a ser su destino. Será la más hermosa figura de nuestro museo. Y cuando vengan miles de espías a contemplarla… ¡qué lejos estarán de imaginar que contemplarán a la auténtica Baby! Y todo gracias a la ciencia… Vea: si se quiere embalsamar un

cadáver sólo para su traslado de un país a otro, por ejemplo, basta una simple inyección de mezclas antisépticas en las grandes venas arteriales. Esas mezclas suelen ser a base de glicerina, formalina, nitrato o acetato de potasio… Pero también existe el método de Hunter, muy perfeccionado, que consiste en inyectar en los vasos sanguíneos esencia de espliego, ele cinabrio, de trementina de Venecia o esencia de trementina… Nosotros incluso hemos perfeccionado el método de W. Hunter, y le aseguro que usted será… bellísimamente embalsamada, y que durará muchos, muchos años, señorita Montfort… ¿No está contenta…? Vamos, vamos, levante el ánimo… ¡Cuántos quisieran poder estar cien años, quizá quinientos, en un museo, de pie, sonriendo, como si estuviesen vivos, siendo admirados por miles y miles de visitantes…! Sí… Cuántos quisieran… Tenemos arriba muchos así: Assunta Campanelli, Joseph van Merx, Jacques Beauvoir, Charlie Ball. ¿Quién podría imaginarse que está viendo una auténtica momia de una auténtica persona, y no una figura de cera? Pero sin duda alguna, usted será la más bella momia de todos los tiempos… La mataremos dulcemente, la embalsamaremos, luego la cubriremos con una ligera capa de cera para que parezca una figura de cera…

—Ha valido la pena —dijo Agatha.

—Claro, querida. La señorita Montfort es tan increíblemente hermosa… Nos deleitaremos contemplándola. Además, no siempre vamos a matar sólo por encargo También es divertido matar por placer. ¿Y quién mejor que Baby, una presa tan excelente y bellísima? Bien, Edmund… ¿qué estás esperando aquí?

—Nada… —murmuró lord Carruthers—. Nada, Farley Me voy.

—Hasta luego. Y no le retrases, quiero fotografiarla pronto, para poderla matar y embalsamar… ¡Será delicioso en verdad!

Brigitte oyó el ruido de una puerta, pero no se movió. Estaba simplemente petrificada de miedo, y sentía un frío intenso en todo el cuerpo, que a cada instante parecía aumentar.

—Sí… ¡Je, je, je…! ¡Je, je, je…!

—¿De qué te ríes, Farley? —preguntó Agatha.

—Estaba pensando en que, sin discusión posible, la señorita Montfort va a ser la más hermosa y bellísima momia de todos los tiempos.

Capítulo VIII

Si… Las piezas iban encajando. Unos locos que querían matarla por el simple gusto de haber conseguido vencer a Baby y luego pasarse la vida contemplándola. Las cartas falsas de Russ T. Gardner. El micrófono en su *suite*, para que su muerte pareciese cosa relacionada con el espionaje… Es decir, la muerte de aquella pobre mujer que había sido asesinada sólo para ser quemada en aquella casa de Lambeth… Desde luego, lo más asombroso era que una sociedad dedicada al asesinato, hubiera determinado matarla a ella por el simple placer de cobrar una gran pieza, internacionalmente conocida. En la vida hay locos de todas clases.

El silencio era lo peor de aquel lugar. Farley y Agatha Dawson la miraban de vez en cuando. Se habían sentado en el borde de una de aquellas frías mesas de mármol, no se movían. Sólo la miraban. Era escalofriante. Esperaban el momento de matarla con un veneno, para luego embalsamarla, convertirla en una momia. En el museo estaban solamente ellos tres. Lord Carruthers se había marchado con los cuatro empleados del Club de la Tranquilidad, que lo eran a la vez del museo. Debían haber limpiado ya la casa número 45 de Fullham Street, dejándolo todo normal, sin rastros de cadáveres ni ninguna otra pista. Luego, Carruthers iría a asesinar a Wayne Parrish… ¡Pobre muchacho! ¿O no? Realmente, Wayne Parrish merecía un castigo… Era muy cómodo eso de casarse con una mujer por su dinero y luego hacerla asesinar. Demasiado cómodo… Y esas cosas se pagan… Siempre se pagan.

De un modo u otro, se pagan. Era más que posible que Parrish hubiera estado acudiendo al museo obsesionado por aquella figura que parecía de cera y que él sabía era en verdad el cadáver de su esposa… Todo aquello era absolutamente horrible.

—¿Pueden darme un poco de agua? —pidió Brigitte.

Su voz pareció un brutal sonido que rompiese el silencio. Los

Dawson la miraron inexpresivamente.

—No es posible, señorita Montfort… —dijo Farley—. Precisamente, un cuerpo que va a ser embalsamado debe ser… desecado, no hidratado. Lo lamento.

Brigitte se pasó la lengua por los labios. Se quedó mirando el techo. Parecía abrumada, derrotada, aniquilada toda su moral. Pero su mente estaba trabajando a toda presión. Aquello la desconcertaba, pero tenía que aprovechar la oportunidad, no podía dejar que el tiempo pasara sin hacer nada.

Y aun así, con admirable serenidad, supo esperar todavía cinco o seis minutos antes de volver a hablar:

—Señor Dawson…

—¿Sí?

—Estas cuerdas me están lastimando… Creo que me han desgarrado la piel.

Farley lanzó una exclamación de rabia.

—¡No es posible! Yo la até con mucho cuidado… No tiene que haber el menor rasguño en su piel…

—En la muñeca izquierda… Véalo; estoy sangrando…

Farley y su esposa se acercaron inmediatamente. Sus pasos retumbaron en el sótano de un modo sobrecogedor. Y aquel olor a cera, los maniquíes, las cabezas…

—Déjeme ver. Si tiene usted un rasguño, yo mismo la…

Estaba ya junto a Brigitte, empezando a inclinarse hacia la muñeca izquierda, que casi desaparecía bajo la plancha de blanquísimo mármol.

—¡Farley! —chilló Agatha—. ¡Ella está libre, tiene la…!

Dawson alzó la cabeza, sobresaltado… Y con ello sólo consiguió ponerse aún mejor al alcance de la mano derecha de la divina espía, que descargó su golpe sin consideraciones contra aquella quemada cabeza rojiza, horrible, deformada, sin orejas, sin boca, sin nariz… El terrorífico golpe de karate alcanzó a Dawson en el centro mismo del cráneo. Se oyó el crujido del hueso como un cañonazo disparado en el sótano… Fue un impacto tremendo, escalofriante… La manita derecha de la espía pareció hundirse en aquella bola deforme, rojiza, toda piel brillante como una lámina de metal…

Farley Dawson cayó al suelo fulminado, aplastado por el golpe de aquella dulce jovencita que, posiblemente, lo que mejor sabía

hacer era matar. La muerte fue piadosa con Dawson: ni se enteró de que acababa de morir a manos de la agente Baby, de que caía inerte bajo la mesa de mármol… Agatha lanzó un espantoso alarido y se abalanzó sobre Brigitte, con las abrasadas manos en alto… Era un sobrecogedor monstruo lleno de furia, que se abatió sobre su presa, aún atada a la mesa de mármol por los pies y la mano izquierda… Como una garra, la abrasada y deforme mano fue hacia los más bellos ojos azules del mundo, dispuesta a arrancarlos, a convertir en tiras aquella piel dorada, a desgarrarlo todo…

¡Crash!

La mano libre de Baby lanzó otro de sus golpes fulminantes, demoledores… Pero no acertó la horrible cabeza, sino que resbaló por un lado y cayó sobre el hombro… La clavícula crujió, se hundió, rota por la mitad, y Agatha lanzó un alarido infrahumano, cayendo de rodillas junto al mármol donde aún continuaba atada la espía. Comenzó a llorar, a gemir, con una fuerza y una rabia inauditas… Se puso lentamente en pie, tambaleándose. Brigitte estaba de lado ahora sobre el mármol, soltando su mano izquierda con la derecha… El monstruo cayó sobre su espalda de muñequita, clavando allí sus garras, que dejaron ocho estrías rojas sobre la dorada piel.

Y fue Brigitte quien gritó entonces, estremecida como si hubiera recibido un latigazo. De nuevo se volvió hacia la monstruosa mujer, lanzando otra vez su mano, ahora horizontalmente, alcanzando de lleno aquellos dientes mostrados en una mueca horrible, satánica. Y también aquellos dientes crujieron, destrozados. Fue un golpe mucho más fuerte, producto de la rabia de la espía, del dolor quemante que sentía en la espalda… Agatha Dawson salió volando hacia atrás, cayó de cabeza y quedó quieta.

Jadeando, sudando, Brigitte acabó de desatar su mano izquierda. Inmediatamente se dejó caer por un lado de la mesa de mármol en una formidable contorsión de su cuerpo, que pareció de goma. Doblándose hacia su propia espalda, colgada por los pies, alcanzó con sus manos los nudos de la cuerda que los ataban a la mesa. Frenéticamente, casi gritando de impaciencia, partiéndose las uñas, fue soltando los nudos, mientras Agatha volvía a ponerse en pie.

Y ya no la atacó directamente. Fue hacia la mesa de mármol donde ella y su marido habían estado preparándolo todo, y recogió

una jeringuilla. Se volvió hacía Brigitte, llameantes los ojos, alzando la jeringuilla que contenía el «dulce veneno». Cabeza abajo, en una contorsión increíble del bellísimo cuerpo, Baby continuó soltando nudos, mientras veía acercarse al monstruo, paso a paso, lentamente refocilándose…

—Muere… ¡Muere, maldita…! ¡Tu belleza va a morir conti…!

Se tiró contra Brigitte, con la jeringuilla en alto. La dejó caer como quien quiere clavar un puñal… Y justo entonces, se produjo un golpe más de suerte para la agente Baby La suerte, que jamás la abandonaba… Cayó al suelo, curvada, golpeándose de cabeza… La aguja pasó casi rozando su piel, rechinó contra el mármol, se torció… Brigitte: rodó sobre sí misma, saliendo de debajo de aquella fría mesa… Cuando se puso en pie, Agatha la miraba con los ojos desorbitados, temblando entre sus dientes el grito de decepción, de rabia…

Baby se puso en pie, temblando, notando en su espalda como brasas incrustadas aquellas ocho estrías de sangre.

—Estese quieta… —jadeó—. Estese quieta, Agatha, o voy a matarla… ¡No me obligue a hacerlo!

—¡Hiiiiiíííí…!

Con un chillido bestial, el monstruo se lanzó una vez más contra ella. Pero ya Baby dominaba la situación. No se descompuso. La esperó sin moverse, fríamente, dejó que llegase ante ella… se apartó de pronto, y, mientras Agatha pasaba por su lado echando espuma por la boca, le lanzó un golpe a la base del cráneo… La horrible mujer dio un grotesco salto, cayó de cabeza…

Fin.

Todavía jadeando, Brigitte corrió hacia donde se veían los vestidos de distintas épocas y modas. No se entretuvo demasiado. Cogió un abriguito marrón, de *tweed*, y se lo puso rápidamente, estremeciéndose mientras miraba a su alrededor, hasta ver su maletín rojo.

Y todavía poniéndose el abrigo, corrió escaleras arriba. Sabía que en el museo no quedaba nadie. Sólo tenía que salir de allí, ir adonde había dejado el pequeño pero velocísimo «Cooper-1000» de Wayne Parrish y salir a toda prisa hacia la casa de éste.

Tenía la esperanza de poder llegar a tiempo de evitar su muerte.

* * *

No.

Ninguna esperanza.

Ya no había nada que hacer.

Wayne Parrish yacía sentado en el sofá de su simpático *living* lleno de cosas absurdas. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, pero no tanto que no se vieran en éste los impactos de tres o cuatro balazos. Quizá más. La sangre había brotado con tanta abundancia que era ya una sola mancha grande, empapando el bonito batín del alegre viudo. Ya no iría a ver la momia de su esposa. Como se suele decir, «quien la hace, la paga». Y Wayne Parrish había pagado…

La espía internacional se volvió velozmente hacia la puerta que comunicaba con la cocina, alzando la manita con que empuñaba su pistola de cachas de madreperla, que, como había esperado, estaba dentro de su maletín, con las demás cosas.

Y allá estaba él, en la puerta de la cocina, mirándola intensamente.

—Soy yo —dijo innecesariamente—. ¿Estás bien, Brigitte?

Lord Carruthers acabó de entrar en el *living*. No se veía arma alguna en su mano.

—Tenía que matarlo… —musitó—. ¿Lo comprendes?

—Desde luego… —admitió Brigitte—. Y no será su muerte lo que te censure, Edmund. Él hizo asesinar a su esposa. Es justo que pague. Mi código sobre estas cuestiones es muy… amplio. ¿Arreglaste todo el asunto de la casa de Lambeth?

—Sí. No dejamos ni rastro.

—Eso está bien… —murmuró ella—. ¿Y tus hombres?

—Los he matado. A los cuatro. El coche está cerca de aquí, con los cuatro cadáveres dentro. He hecho el resto del camino a pie… Sabía que vendrías aquí cuando salieras del museo. Te… esperaba.

Brigitte se pasó una mano por la frente y la notó fría, dura, como congelada. Guardó la pistolita en un bolsillo de aquel abrigo y se dejó caer en el sofá, junto al cadáver de Wayne Parrish.

—Supongo que debo agradecerte tu ayuda, Edmund —dijo de pronto—. Mientras Farley Dawson hablaba, tú ibas soltando mi mano de aquellas cuerdas que la sujetaban… ¿Por qué lo hiciste?

—Sabía que sólo necesitabas una pequeña oportunidad para

escapar.

—Sí… Pero ¿por qué? ¿Por qué ayudarme a mí? ¿Acaso ya no querías contemplar mi momia en el museo —se estremeció— junto a las demás momias?

—Prefiero… contemplarte viva, Brigitte.

—No acabo de comprender. Primero cometéis la locura de querer capturar a la agente Baby, y tramáis todo ese absurdo de querer exponer mi momia como si fuese una figura de cera… Luego, cuando ya estáis a punto de conseguirlo, tú mismo, sin que tus amigos se den cuenta, sueltas, una de mis manos y te vas.

—Sabía que teniendo una sola mano libre tú podrías…

—No es eso. ¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué, Edmund?

—No quiero que mueras… Eres tan hermosa… No es justo. Lo comprendí de pronto… Durante muchos años mi corazón ha estado como muerto, insensible a todo… Ha sido una mala época. De pronto, apareces tú, en el museo, buscando a Russ T. Gardner. Sabía… sabía, por lo que nos dijo aquel hombre al que matamos, que eras muy hermosa… Pero tu belleza no se puede… explicar con palabras, por bellas que sean éstas. Tu belleza hay que verla, tiene que entrar por nuestros propios ojos. Es como… como querer describir los colores a un ciego de nacimiento… No es posible hacerlo, ¿verdad? Pues lo mismo ocurre con tu belleza. Hay que verla, embriagarse con ella… Apenas verte, comprendí que eras diferente a todo cuando pudiera explicarse o comprenderse. No eres una mujer normal… Ni siquiera un ser normal. Hay en ti algo fascinante, hermoso, maravilloso, por debajo de esa piel, dentro de esos ojos, en cada palabra tuya, en tus movimientos…

—Supongo que estás diciéndome que te enamoraste inmediatamente de mí, Edmund.

—Sí… ¡Sí!

—¿Y por qué seguiste con el juego?

—Temía mucho a Farley… ¿Lo has matado?

—A él y a su mujer. No he tenido más remedio. Y puesto que tú has matado a vuestros asesinos… quedamos los dos solos. Incluso el pobre Wayne ha muerto. Y ahora que estamos solos, Edmund, yo pregunto esto: ¿Qué quieres? ¿Qué esperas? Por amor a mí, por amor a primera vista, has destrozado toda tu organización,

prácticamente te estás entregando a mi… ¿Qué esperas ahora?

—Tu amor.

—¡Mi amor! Podría darte hasta veinticinco o veintisiete millones de dólares, Edmund, Pero mi amor es… como la Luna. Se puede soñar con él, buscarlo, arañarlo… Sólo eso.

—¿No vas a dármelo? Podemos quedarnos aquí mismo esta noche, los dos solos. Podemos…

—Olvídalo. Mi temperamento y mi especial modo de ver las cosas me han permitido en ocasiones entregar mi amor. Pero lo he hecho a hombres… que lo merecían, diferentes a ti.

—¡Te he salvado la vida!

—No le lo pedí.

—¡Sólo quiero amarte una noche, luego me iré, jamás volveremos a vernos…! ¡Sólo una noche, para que yo vuelva a sentirme como un ser normal, como…!

—¿Acaso no eres normal? Puedes conseguir amor siempre que tú quieras, Edmund. Eres aún joven, atractivo, gallardo. Lo lamento. Pides una moneda que yo no estoy dispuesta a pagarte.

—¡Te parezco horrible!

—Pero, querido, ¿qué estás diciendo? ¡Eres muy atractivo, te lo digo sinceramente! Pero eso a mí no me importa. Sólo que… Bueno, si lo que yo buscase en un hombre fuese su atractivo físico, hace ya mucho tiempo que habría abandonado la búsqueda. Conozco al hombre que lo reúne todo, en ese sentido. Y tiene un fondo de hombría que tú jamás podrías ni siquiera imaginar. Se llama Número Uno. Tú jamás podrías compararte a él en nada, aunque seas tan hermoso.

—¡Todo lo he hecho por ti…!

—Insisto en que no te pedí nada.

—¡No puedes negarme el pago de mi ayuda! Tengo dinero en… un Banco, fuera del país. Dame una noche… Una noche de tu vida, y luego me iré… ¡No pido demasiado!

—Lo que se pide es poco o mucho, según lo que se está dispuesto a dar. Ya te digo que podría pagarte veinticinco millones de dólares por mi vida. Sólo eso. ¿Los quieres?

—¡No!

—Entonces estamos en paz. Y ahora —Brigitte le apuntó de nuevo con su pistolita—, yo terminaré esto a mi manera.

—¿Qué haces…? ¿De qué hablas?

—No te preocupes por eso. Sólo quiero entregarte a la policía inglesa, y arreglar las cosas a mi modo. Cuando me menciones, dirán que estás loco. Pero te escucharán muy atentamente cuando hables del Club de la Tranquilidad. Vuélvete de espaldas.

—¿Para qué?

—Para golpearle, Edmund. Quiero que la policía te encuentre aquí cuando venga.

—¡No!

—Está bien… —sonrió de pronto Brigitte, poniéndose en pie—. Vamos a ver si podernos solucionarlo de otro modo. ¿Qué te parecería si…?

Se había acercado a él y, de pronto, le golpeó en la frente con la pistola. Lord Carruthers lanzó un grito, retrocedió, metió la mano bajo la chaqueta… Brigitte volvió a golpearlo, y esta vez lo hizo caer de rodillas. Inmediatamente lo golpeó otra vez, y Carruthers cayó de bruces ante ella, al fin.

Brigitte miró en torno suyo, buscando algo con qué atarlo lo bastante sólidamente para que cuando llegase la policía inglesa lo encontrasen todavía allí. Pero no vio nada que le satisfaciera. De pronto, sonrió secamente. Arrastró a Carruthers hacia el sofá, logró subirlo allí, y se inclinó bajo él, hasta que todo el peso del hombre quedó sobre uno de sus hombros. Salió de la casa, cargada con el apuesto inglés, y fue al gimnasio. Abrió la puerta del cuarto de la sauna y lo dejó caer dentro.

Cerró la puerta por fuera y se alejó unos pasos. Volvió sobre éstos y se quedó mirando los mandos de calor para la sauna. Sonriendo secamente, abrió la llave que encendería los calentadores de gasolina.

—Una buena sauna te dejará más tranquilo, querido Edmund… —refunfuñó—. Y quitará ciertas ideas de tu cabeza. *Ciao*!

Regresó a la casa, y durante quince minutos estuvo buscando en ella cualquier rastro de su paso, no sólo en aquella visita, sino en el tiempo que había pasado tan agradablemente con Wayne Parrish Examinó platos, copas, botellas, vasos, cubiertos, colillas… No tenía que quedar allá ni una sola huella que pudiera alguna vez ser identificada como perteneciente a la señorita Montfort. Luego salió al jardín y buscó la manguera de plástico que había visto aquella

tarde. Abrió el pequeño «Cooper-1000», y lanzó hacia él con toda la fuerza el chorro de agua, inundándolo completamente. En cinco minutos, el veloz auto con motor trucado quedó prácticamente convertido en una esponja. Todavía se dio otra vuelta por la casa, por el jardín, por la entrada, recapacitando sobre todos los lugares donde hubiese podido dejar una huella de su paso.

Por fin, satisfecha, recogió su maletín y salió de la casa. Podía volver a Londres a pie. Y no le importaba llegar de madrugada. Mejor. Así era más probable que no la vieran entrar, sólo con un abrigo desconocido.

Varió la ruta, de pronto, dirigiéndose hacia el gimnasio, dispuesta echar un vistazo a Edmund Carruthers. Le había quitado la pistola con la que había asesinado a sus cuatro hombres y a Parrish, pero quería estar segura de que no había encontrado el modo de salir de allí.

No.

No había salido.

Pero, al parecer, Edmund Carruthers tampoco estaba en la sauna. Porque… no era posible que «aquello» que se veía pegado al pequeño cristal mirador tuviese nada que ver con lord Carruthers. Una vez más, pálida, aterrada, Baby retrocedió un paso, llevándose ambas manos al pecho.

—Por Dios —gimió.

Veía un rostro a través del cristal. Tenía que ser el de lord Carruthers, naturalmente, pero… ¿Era él de verdad? Un rostro brillante, en el que faltaba un trozo de nariz, parte del labio superior, y un trozo de pómulo. Los cabellos de aquel hombre iban cayendo, a mechones húmedos, y también habían caído ya sus cejas y sus pestañas… Por un lado de la boca se veían sus dientes. Y por todo el rostro se deslizaba un líquido espeso, sonrosado, igual que… igual que cera que se derrite bajo el fuego. Cada vez más aterrada, Brigitte retrocedió otro paso. Pero la imagen de aquel rostro, que se convulsionaba, pareció crecer. Como muy lejana, llegaba la voz de Edmund Carruthers, aguda, horriblemente crispada, sollozante… No podía entender las palabras… Pero aquel rostro tan hermoso, se iba derritiendo ante sus propios ojos, como en una espantosa pesadilla. Y va no era hermoso, no… Era horrible. Menos que los de Farley y Agatha Dawson, pero horrible… Mutilado, brillante, rojizo en

algunas zonas, ya casi sin cabellos en la cabeza, sin cejas, sin pestañas, mostrando los dientes por un lado de la boca…

Las náuseas se apoderaron de Brigitte, mientras aún retrocedía otro paso, horrorizada, comprendiéndolo ya todo, Edmund Carruthers, ya se lo había dicho, también iba en el auto cuando el accidente. Los rostros de los Dawson quedaron completamente destrozados, pero el de Carruthers, empleando cera, pudo más adelante ser moldeado de nuevo, tomando una apariencia atractiva. Con cera se pudo reconstruir parte de su nariz, parte del labio superior, ocultar la grieta del pómulo… Unos cuantos mechones de cabellos postizos ocultaron la cabeza quemada parcialmente. Y también con cejas y pestañas postizas se había arreglado todo aquel desperfecto. Por eso, nunca se movían los labios de lord Carruthers. Su rostro era mitad carne y mitad cera.

Pero ahora, a ochenta o más grados centígrados dentro de la sauna, la cera se iba fundiendo. A 35 grados centígrados, la cera comienza a ser maleable. A 62 grados se funde completamente. A 80, se convierte en puro líquido. Y así, el líquido de cera iba resbalando por el rostro de lord Carruthers, dejando visible al fin la horrible fealdad que durante años había estado disimulando con cera.

Sí. Era Edmund Carruthers, pero parecía otro. El rostro se crispaba en rabia infinita, lleno de cera derretida, sin pestañas. Golpeaba una y otra vez el cristal, la puerta… Y por fin, las palabras de lord Carruthers llegaron a oídos de la espía, como una voz de ultratumba, como un quejido terrible:

—¡… Tame, mátame, mátame, má…! ¡Te lo suplico… tame…!

Baby Montfort comprendió, de pronto, todo el horror de aquella vida, de aquel monstruo, de aquel asesino. Y se sobrepuso con un esfuerzo. Fue a la puerta de la sauna y la abrió, apartándose inmediatamente.

Una vaharada de calor intensísimo la envolvió, casi mareándola. Y con ella, salió Edmund Carruthers, aullando, clavándose las uñas en la cara, tambaleándose… Cayó de rodillas a pocos pasos de Brigitte, y sus ojos se clavaron en la espía, enrojecidos, mientras hacía esfuerzos por ocultar el rostro entre las manos.

—¡No me mires! —aulló—. ¡No me mires! ¡No quiero que me mires nunca…! ¡Antes te pedí una noche de amor, pero ya no tengo

rostro…! ¡No me mires!

Brigitte continuó retrocediendo hacia la puerta. Parecía que de nuevo vacilaba, dudaba…

—¡No te vayas! —gritó Carruthers—. ¡No te vayas sin matarme! ¡Mátame!

—No… no puedo hacerlo así… —murmuró roncamente Brigitte —. ¡No puedo hacerlo!

—Soy un monstruo… ¡Soy un asesino! ¡Me condenarán a muerte cuando me juzguen…!

—No existe la pena de muerte en tu país.

—¡Ojalá existiera! ¡Me condenarán a cadena perpetua, todos me estarán viendo como un monstruo enjaulado…! ¡Mátame, mátame, mátame…! ¡Págame así! ¡Mátame!

Brigitte Montfort se pasó la lengua por los labios. Sólo tenía que marcharse de allí, volver a casa, olvidarlo todo. ¿Por qué complacer a aquel asesino?

Pero, de pronto, quizá por piedad, quizá pensando en que lord Carruthers era simplemente un asesino, alzó su pistolita y apretó el gatillo. Una sola vez. Y fue suficiente.

Era el fin del museo de los muertos. La última figura de cera.

Este es el final

Frank Minello, todavía pálido, lanzó un resoplido, estremeciéndose.

—¡Brrr…! ¡Desde luego, te metes en cada lío…!

—¿Yo? —protestó Brigitte—. ¿Qué culpa tengo de lo sucedido? ¿Acaso no has entendido bien mis explicaciones?

—Claro que las he entendido.

—Entonces ¿por qué dices que yo me meto en líos? Fueron esos locos los que quisieron colocar en su museo una pieza mayor: la agente Baby.

—Yo me habría desmayado —tartamudeó Peggy.

—¿En qué momento? —sonrió Brigitte.

—Oh… No sé… ¡En todos!

—¡Te creo! Pero no te desmayes ahora, Peggy… ¿Qué estás esperando para traerme el champaña con guindas? Hace más de una hora que Frankie y yo lo estamos esperando.

—¡Enseguida lo traigo, señorita!

Peggy salió a toda prisa del fantástico *living* del apartamento de la más divina espía del mundo.

—¿De modo que no te pagaron las diez mil libras? —dijo de pronto Minello.

—Claro que no.

—¿Y encima te dejaron la espalda llena de arañazos?

—Fue aquel monstruo —se estremeció Brigitte.

—¿Estás segura de que ese cirujano podrá arreglar esto?

—Segurísima. Ha arreglado cosas peores.

—Vaya… Bueno, es un gran alivio saberlo, querida. A ver, no te muevas un momento…

—¿Qué…? ¡Frankie, estate quieto! ¿Qué haces?

Se apartó a toda prisa de él, mirándolo enfurruñada. Minello puso cara de ogro.

—Demonios —gruñó—, sólo quería darte unos besitos en el

cuello, Brigitte…

—¡Pues se los vas a dar a tu abuela!

—Es que… está muerta…

—¡Eres un sinvergüenza!

—¡Qué demonios, no hay para tanto! ¡Siempre estás por ahí recibiendo palo tras palo, heridas, golpes, latigazos y cosas así, y te enfadas conmigo, total porque quiero darte unos besitos…! ¿Te parece que esto es justo o razonable?

—Bueno…

—¿Ves cómo tú misma lo comprendes? —se animó el periodista deportivo—. ¡Déjame que te dé unos cuantos besitos para curarte…!

—¡Te digo que te estés quieto! ¡Quítame esas manazas de encima!

Minello volvió a dejarse caer en el sofá, rojo de ira.

—¿Sabes qué te digo? ¿Eh? ¿Sabes qué te digo? ¡Que ojalá te hubiesen convertido de verdad en una momia!

Brigitte estuvo mirándolo unos segundos muda de espanto, desorbitados los ojos. Por fin, mientras Peggy aparecía en el *living* portando el champaña «Perignon 55» con guindas, la más divina espía del mundo pudo tartamudear:

—¡Si serás bruto…! —Tomó una copa de champaña, bebió un sorbito y se quedó mirando Nueva York, por el ventanal de la terraza; de pronto, sonrió deliciosamente—. Aunque… la idea no es mala. Al fin y al cabo, es cierto que sería la más bella momia que pudiera buscarse en cualquier museo del mundo… ¡Chin-chin!

FIN